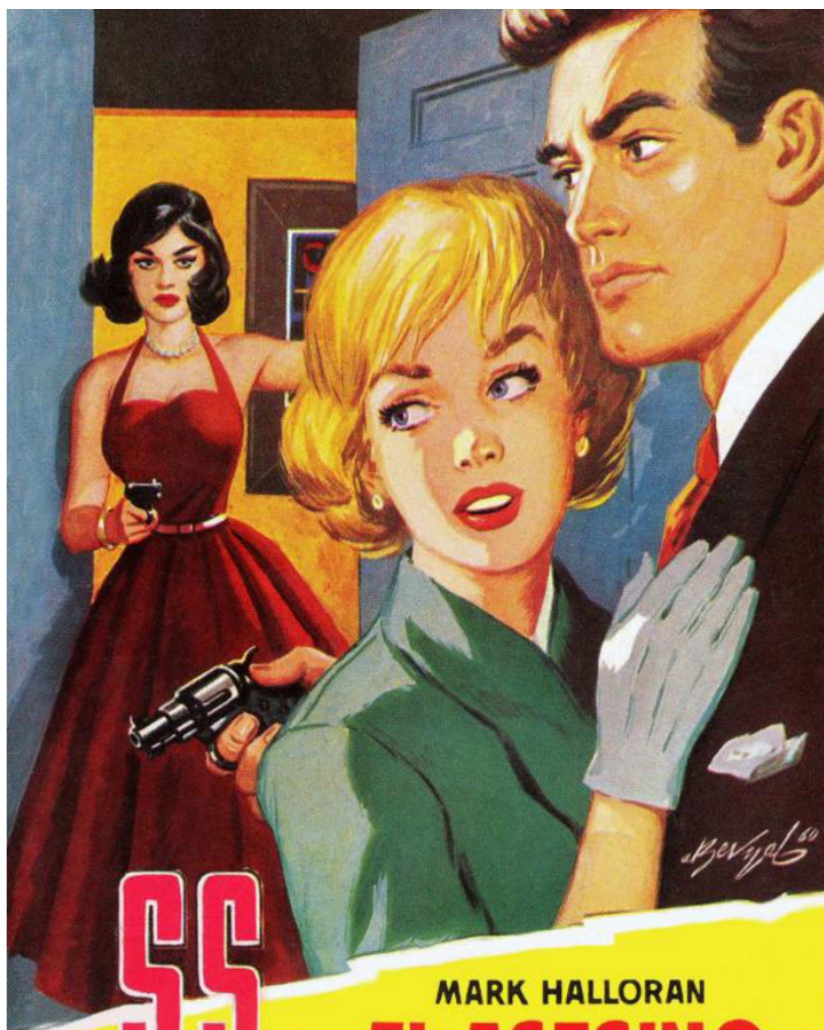


SS
SERVICIO
SECRETO
MARK HALLORAN
EL ASESINO
HA MUERTO

MARK HALLORAN

El asesino ha muerto

1ª EDICIÓN
NOVBRE. – 1960



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 11725 – 1960

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

N. R. 3329/60

EL ASESINO ha MUERTO

Por

MARK HALLORAN



CAPÍTULO PRIMERO

Las pistolas humeaban todavía cuando James Stewart dijo:

—Un hombre en mi situación, querida, no podía hacer otra cosa.

Atrajo a la muchacha hacia sí, y en aquel momento comenzó a sonar una música. Los tres cadáveres yacían al borde de la carretera, uno casi entre las ruedas del coche negro, los dos restantes a unos pasos de las portezuelas abiertas. El bosque de abetos se veía al fondo. La luna. Un harapo de nube.

James Stewart besó a la muchacha.

Fin. La música sonó más fuerte. Las letras aparecieron en blanco sobre las dos figuras abrazadas y aumentaron de tamaño hasta llenarlo todo.

Se encendieron las luces del local.

La chica estaba allí, en la fila siguiente, hacia la izquierda. La misma. La manera peculiar como llevaba peinado su cabello rubio le ocultaba un poco el ojo derecho. Su vestido estampado, sin mangas, con lindo escote en uve, le daba un aire fresco, silvestre y jugoso. Ernie empezaba ya a sabérsela de memoria.

La gente —no había mucha— iniciaba el desfile. Como si le ignorase, la chica se puso en pie, lanzó a la butaca que había ocupado la mirada que uno lanza para cerciorarse de que no olvida nada y se colgó el bolso del hombro con perezoso descuido.

Pero no ignoraba a Ernie. Lo fingía nada más.

El suspiró.

Salió de la fila de butacas al pasillo justamente cuando acababa de pasar la rubia. Anduvo detrás de ella, a un palmo de distancia. Su delicioso perfume le inundó el olfato. Tenía ante los ojos el fino y cuidado cabello, los graciosos hombros, la erguida espalda. Bajando la vista podía deleitarse en la maravilla de su cintura, en el juego armonioso de sus caderas. No era una chica del montón, ¡qué iba a ser! Hubiera llamado la atención en todas partes. De diez

hombres, nueve se hubieran vuelto irremisiblemente a su paso, y el décimo no hubiera sido un hombre. Avanzando por el pasillo del cine captó Ernie su magnetismo femenino como un cosquilleo turbador que se infiltraba hasta la última fibra de su ser.

Cosas que le pasaban a uno.

Al llegar al vestíbulo se detuvo la chica a contemplar las fotos de James Stewart expuestas en las carteleras. A fingir que las contemplaba.

Ernie salió a la calle y encendió un cigarrillo. Esperó.

Desfiló la gente. Los rezagados.

La rubia estaba observándole disimuladamente, quizá con la esperanza de que se alejase, pero cuando se quedó sola y empezaron a apagarse las luces no tuvo otro remedio que salir también.

Aire distraído.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ernie a media voz.

Ella aparentó no oírle; le ignoró —una vez más— como toda joven pudibunda ignora al galanteador callejero.

El echó a andar a su lado.

—Muñeca, es hora de que esta tontería termine. A mediodía, cuando he almorzado en
«Lyon's»
estaba usted dos mesas más allá y apenas me quitaba ojo. He ido a la oficina del fiscal y me ha seguido: la he visto en el vestíbulo, al salir, fingiendo leer el tablón de anuncios. Me ha seguido también a la redacción del *Clarion*, luego a la «Winchester-Harriman», luego a mi propia oficina. ¿Está loca o qué? Todo el tiempo que he permanecido en mi oficina, más de tres horas, lo ha pasado sentada dentro de su coche, un «Mercury» azul y gris, que tenía estacionado en la acera de enfrente, cerca de la esquina. Después he tomado una copa con mi amigo Oates, y usted. ¡Jesús!, estaba en el mismo bar, al fondo, sorbiendo algo que parecía un zumo de tomate. Ha cenado en
«Tip-Top»,
como yo. He venido al cine a ver esa estúpida película de pistoleros, y usted detrás. ¿Y bien, paloma? No estoy acostumbrado a causar en las mujeres un efecto tan devastador.

Mientras Ernie hablaba habían llegado a la zona de aparcamiento. Los coches partían.

El «Mercury» azul y gris se encontraba junto a la salida.

La muchacha prescindió súbitamente de su indiferencia:

—¿Es usted Ernie Fisher?

—¿Ha necesitado todo ese tiempo para preguntármelo? Sí, claro que soy Ernie Fisher. ¿Por qué?

—Creo que… necesito hablarle.

—Lo cree. Después de tantas horas no está segura aún.

—No.

La joven miraba en torno como si temiera algo. Se expresaba coa voz suave, cultivada, en actitud más bien distante. No, no, no era una chica del montón. Ernie trató de catalogarla. Sólo podía ser dos cosas: una autentica hija de buena familia o una estrella o aspirante a estrella pulida y barnizada en alguna de las escuelas de arte dramático de Hollywood; o quizá era ambas cosas a un tiempo.

—Quiere hablarme, dice. ¿En plan personal?

—No.

—O sea, que no se traía de que yo haya pulverizado su corazón con mis encantos varoniles. Debo desengañarme.

—Se trate de lo que se trate, señor Fisher —dijo ella fríamente —, no es una broma.

—Pues lo parece. ¿Vamos a mi oficina? ¿Cuestión de negocios?

La rubia titubeó.

—Prefiero… Vive usted cerca de aquí, según tengo entendido. ¿Por qué no vamos a su casa?

Ernie la miró enarcando las cejas.

—Es usted una preciosidad. ¿No teme que mi esposa la reciba de uñas?

—Usted es soltero.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Por favor! —exclamó ella, impaciente—. Podemos ir andando si no le importa. El cine me carga un poco la cabeza.

En el aparcamiento no quedaban ya más que cinco automóviles, de los cuales uno era el «Chevrolet» de Ernie y otro el «Mercury» de la muchacha. Las luces del cine se habían apagado por completo. El público que momentos antes animó la acera desierta se había dispersado.

—Vamos.

Fueron.

La chica caminaba en silencio, nerviosa, preocupada, pero dueña de sí; con felina soltura, gallardo el cuerpo, alto el busto, airosa la cabeza. Ernie la estudió de reojo. Todo un ejemplar. A cualquier hombre le hubiera halagado llevarla al lado, tan rubia, tan joven y jugosa. A él le halagó.

Pero no era un asunto personal lo que la había inducido a convertirse en su sombra desde que la vio por primera vez en «Lyon's», a mediodía, o quizá desde antes, cuando él no había reparado aún en su presencia. Había de momento un enigma en ella, y luego acaso hubiera un negocio.

De todos modos le halagó.

Estaba cerca: dos travesías y media en dirección a *Cross* Lane. Un apartamento en el edificio-colmena de Silverman Paradise; una vulgaridad funcional de aluminio y cemento.

Llegaron sin haber cambiado una palabra.

Tomaron el ascensor, frente a frente en la cabina brillantemente iluminada, Ernie escrutando el rostro aristocrático y sensual de la muchacha, ella con la mirada fija en el botón superior de su chaqueta, las mejillas teñidas de ligero rubor.

Piso 14. Apartamento 149.

—Pase.

Luces.

La vulgaridad de aluminio y cemento cobraba allí la apariencia de caos inanimado que suele tener la habitación de un hombre solo, poco amigo del hogar. Ernie aguardaba la reacción de la joven, y su absoluta impasibilidad le dejó hasta cierto punto chasqueado.

Ella avanzó con aplomo, indiferente, quizá porque estaba absorta en sus preocupaciones. Había un feo diván y dos butacas en un rincón presidido por un televisor, con bibliotecas a ambos lados. El diván se veía lleno de periódicos, legajos, revistas y libros, y lo mismo una de las butacas. La muchacha se sentó en la otra.

—¿Un trago? —propuso Ernie. Estudiaba con admiración las piernas que surgían de la corta falda del vestido estampado, la tersura de la piel tostada, la gracia inquietante de la línea, la perfección del empeine, el esbelto pie elegantemente calzado, los altos y finos tacones—. Un *whisky*-hielo suelta la lengua e ilumina la mente. ¿Hace?

—Como guste.

El se volvió de nuevo a mirarla después de haber abierto el frigorífico. Otras mujeres se habían sentado allí. ¿Cuántas? Bueno… De todas clases, formas y tamaños. Y sin embargo parecía ahora la primera vez, como si las anteriores hubieran sido sólo imitaciones burdas. Había algo doloroso en ello. Uno se entusiasmaba con el cromo de calendario hasta el día en que topaba con un auténtico Picasso, o un Cole Porter hasta la noche en que se sentaba en el «Hollywood Bowl» para escuchar a Bach. La vida resultaba luego mucho más difícil.

—Puede decirme su nombre —sugirió mientras vertía el *whisky* sobre los cubitos de hielo.

—Sonia Hunch.

Ernie levantó los vasos para mirarlos al trasluz.

—Un poco rebuscado.

—Mi abuela era rusa. Soy la hija de Sonia Skuratova… Es posible que recuerde usted el nombre.

—¿Una bailarina?

—Sí.

—La recuerdo. Ignoro lo que ha sido de ella, pero la recuerdo.

—Dejó el baile. Puso una academia en Hollywood y trabajó en la coreografía y el asesoramiento de un sinfín de películas, hasta que murió. Leucemia. Hace cuatro años. Pero esto no tiene nada que ver…

Ernie acudía con los vasos.

—Usted sabe muchas cosas de mí: mi nombre y profesión, el lugar donde vivo, que soy soltero. Sabe más aún, probablemente. Es justo que en compensación me diga algo de usted. Luego puede marcharse.

—¿Marcharme?

—A no ser que decida explicarme el motivo de su persecución: o haga lo que se le antoje. —Los blancos dientes del hombre refulgieron en una rápida sonrisa—. Es usted un espectáculo que paga por sí mismo. Con que haya venido a decorar un rato esa butaca me doy por satisfecho.

Ella le miró con sorpresa. Trató mecánicamente de tirar del borde de su falda, pero desistió al no conseguirlo.

—¿Eso es una galantería?

—Digo yo. Tome su vaso.

—Señor Fisher, usted no puede comprender lo delicado que es para mí el paso que he resuelto dar. —La muchacha tomó el vaso. Su extraña actitud era la de una persona que sueña despierta y a quien desconcierta cada contacto con la realidad—. Como es de suponer, tengo intención de contratar sus servicios profesionales…

—¿Le parece que es de suponer? —replicó él burlonamente—. Quienes contratan mis servicios acuden a mi oficina, no se quedan en la calle metidos en su coche y se dedican a seguirme por toda la ciudad. —De súbito se frunció su entrecejo—. Es decir…

—¿Qué?

—Reconozco que hay de todo. No me haga caso. Usted no está loca, ¿verdad? Usted tiene motivos para obrar como ha obrado.

—Sí.

—Pues beba y tranquilícese.

CAPÍTULO II

La joven bebió un sorbo. Luego miró en torno buscando dónde dejar el vaso, y optó por dejarlo en el suelo. Abrió su bolso, lo registró un instante y sacó un sobre. De éste extrajo un recorte de periódico.

—Lea.

Ernie, que la había observado con curiosidad, tomó el recorte. Era, simplemente, la cabecera de una noticia en la que se daba cuenta de la muerte en accidente de automóvil de un sujeto llamado John Chambers. El coche de Chambers había perdido la dirección en una curva de la carretera de montaña de Collarito Range, al oeste de Fresno, y rodado al fondo de un abismo. El conductor murió en el acto. John Chambers era oficial retirado de las fuerzas de Policía del Estado de California.

—¿Y bien?

—Usted le conocía, señor Fisher.

Ernie asintió, a la expectativa.

—Tuvimos un contacto superficial en tres o cuatro ocasiones. Una de ellas con motivo del secuestro del chiquillo O'Rourke; la última, si no me equivoco. ¿Sabe usted incluso eso de mí?

—El me lo dijo. Simpatizaba con usted, y su comportamiento en ese caso O'Rourke, según creo, despertó su admiración. Dijo que no era usted como los demás, que si alguna vez necesitaba los servicios de un detective privado recurriría a usted con plena confianza. Por esta razón… Señor Fisher, le ruego que disculpe mis vacilaciones. —La voz de la muchacha se hizo un poco más firme—. Este mediodía he acudido a su oficina dispuesta a hablarle, pero usted había salido ya, la oficina estaba cerrada, y un hombre que salía de otra de las del mismo piso

me ha dicho que probablemente le encontraría almorzando en «Lyon’s».
He ido… y al verle ha fallado mi decisión. Comprendo que me juzgue loca. Si a la puerta del cine no me hubiera usted dirigido la palabra, creo que al fin me hubiera marchado sin decirle nada. Esa película que daban ha terminado de desmoralizarme…

—¿Esa estupidez?

—Recuerde: era la historia de dos agentes de policía complicados con una banda en el tráfico de drogas. Los matan a los dos.

Ernie estudió la situación del diván y la butaca libre calculando cuál de ambos le brindaría mejores panorámicas. Optó por la segunda. De un manotazo la despejó de legajos y libros, y tomó asiento. Conservaba en una mano el vaso de *whisky*, en la otra el recorte de periódico.

—Puede que no esté usted loca, paloma, pero va a conseguir que me vuelva loco yo. El capitán Chambers simpatizaba conmigo: perfectamente. Usted le oyó un comentario elogioso a mi respecto, y ello la ha inducido a visitarme. En primer lugar, ¿qué relación existe o ha existido entre usted y John Chambers?

—Era mi tío. Hermano de mi madre. Sonia Skuratova era un nombre de teatro; ella se llamaba en realidad Sonia Chambers.

—¿Y qué?

—Yo vivía con él desde que se retiró de la policía.

—No hace mucho de eso.

—Poco más de dos años.

—Hace tres y pico de lo del chiquillo
O’Rourke.

—¿Por qué es usted tan detallista? Tío John no me habló de usted entonces. Fue recientemente, cosa de un mes atrás. Mencionó el secuestro y sacó la conclusión que le he dicho: si un día necesitaba a un detective, recurriría a usted.

—¡Vamos! ¿Lo dijo de ese modo, personalizando? ¿Pretende usted darme a entender que en aquel momento pensaba en contratar a un detective?

—No estoy segura, pero creo que sí.

Ernie entornaba los párpados.

—Es ridículo. En caso de apuro hubiera tenido a todos sus

antiguos compañeros de Cuerpo a su disposición.

—Creo que no, señor Fisher.

—¡Cree! Usted cree demasiadas cosas.

La muchacha se inclinó para recoger del suelo el vaso. Bebió.

—¿Sabe por qué dimitió mi tío?

—No tengo la menor idea. Le he dicho que mis contactos con él fueron muy superficiales.

—Oficialmente dimitió porque unas ventajosas operaciones comerciales, resultado indirecto de una herencia, más unos aciertos en las carreras, le pusieron en situación de dejar el empleo y dedicarse a los negocios. En otras palabras, porque se convirtió de la noche a la mañana en hombre rico.

Ernie escuchaba con atención.

—Empiezo a comprender el motivo de que esa película idiota la haya desmoralizado.

—Empieza nada más, señor Fisher. —Sonia hizo una pausa, y él observó intrigado que los labios parecían temblarle—. Creo… creo que mi tío era un asesino…

Reinó el silencio.

Ernie se acariciaba el mentón.

—Insisto en que cree usted demasiadas cosas. Nada menos que un asesino, ¿eh?

—¿Recuerda haber oído hablar o leído algo sobre un tal Eddie Crozer?

—Déjeme pensar… Eddie Crozer. Era un *bookmaher*[1] con ambiciones. Se metió en un lío gordo, y un día… ¡Calle! John Chambers tuvo algo que ver con eso.

—El le mató —dijo lentamente la muchacha.

El rostro de Ernie semejaba ahora tallado en piedra.

—Yo no conocía personalmente a Crozer. No operaba en la ciudad, sino en San Francisco. Fue un asunto de la Policía del Estado.

—Sí.

—Se sospechaba, sin embargo, que Crozer estaba detrás del atraco a los pagadores de la «Rosen Company», en Pasadena. Conexiones. Una delación. La policía le buscaba para interrogarle. Opuso resistencia cuando le detuvieron, trató de huir…

—Fue tío John quien le detuvo.

—¿Solo?

—Solo. No hubo testigos.

—Ya.

—¿Lo comprende, señor Fisher?

—Puedo imaginarlo. Y nadie puede hacer otra cosa que imaginarlo.

—Pero serían demasiadas coincidencias. Un mes después de haber matado a Eddie Crozer pidió mi tío el retiro. A los tres meses vivía a lo grande.

—¿A costa de la muerte de Crozer?

—He pensado muchísimo en esto —dijo la joven con gravedad —. El atraco a la «Rosen Company» sigue impune, los culpables no han sido descubiertos, las pistas se han desvanecido en el aire. ¿Qué pasó? Crozer era el único indicio, el único que podía hablar y suministrar informaciones. Está muerto y enterrado, mudo para siempre. ¿Es o no es?

—No existe la evidencia de que realmente poseyera informaciones.

—Existe una especie de evidencia moral, por lo menos para mí. Y hay más, señor Fisher. Muchos de los clientes de Crozer resultaron perjudicados cuando murió. Fue imposible demostrarlo, porque sus negocios eran un montón de embrollos, pero es casi seguro que con él desapareció una suma de dinero muy importante. Probablemente la llevaba encima. Ni rastro, ¿entiende usted? Ni el menor rastro.

—John Chambers se quedó con ella.

—Sí.

—Por un lado, mató a Eddie Crozer para garantizar la seguridad de sus cómplices en el asunto de la «Rosen Company», y por otro le vació los bolsillos. Beneficio duplicado. A los tres meses, un magnate. Es eso lo que está usted diciéndome.

La muchacha sostenía la fría mirada de Ernie.

—Es eso. Lo intento desde este mediodía. Y no se lo hubiera dicho si no hubiese tomado la iniciativa usted. Le juro… que no ha sido fácil.

El alzó el vaso, y al ir a beber descubrió que estaba vacío. Se puso en pie y anduvo hacia el refrigerador volviendo deliberadamente la espalda a la joven.

Reflexionaba.

Cuando regresó con el vaso lleno, Sonia fumaba un cigarrillo. Quizá era cierto que hablar no le había sido fácil: su actitud reflejaba cansancio.

—Todo cuanto me ha contado no pasa de ser una hipótesis. Sin embargo, usted tiene que haberla forjado hace tiempo. Es inmoral haber esperado a que su tío muriese para confiársela a alguien, y me gustaría saber, además, por qué me ha elegido como confidente a mí.

—Se equivoca. Yo ignoraba lo de Crozer hasta después de la muerte de mi tío.

Ernie echó una mirada al recorte del periódico.

—El accidente ocurrió hace una semana.

—No fue un accidente. Tío John murió asesinado.

El se encogió de hombros.

—Muñeca, va usted muy lejos.

—Quizá, pero no demasiado lejos. Uno de los pagadores de la «Rosen Company» resultó muerto en el atraco, Eddie Crozer ha muerto, mi tío ha muerto. Estos tres crímenes benefician a alguien, a una o varias personas que se han librado del castigo y disfrutan tranquilamente de un dinero ensangrentado. La idea me subleva, señor Fisher, pero no puedo acudir a la policía sin cubrir públicamente de fango la memoria de tío John, quien fue al fin y al cabo bueno y generoso conmigo. Así que le pido ayuda a usted. Estoy dispuesta a pagar lo que me pida.

—John Chambers fue bueno y generoso con usted —repitió Ernie.

La muchacha hablaba ahora con vehemencia:

—Lo primero que hizo después de su cambio de fortuna fue llamarme a su lado y cuidar de mí como de una hija. Soy su heredera, si le interesa saberlo; la heredera, en realidad, de Crozer y del pagador, que le precedieron camino de la tumba…

—¿Dónde estaba usted antes?

—En Hollywood, sin un centavo, trabajando en el cuerpo de baile de los estudios de la «Goldstein International». Mi madre me transmitió con su sangre una pequeña parte de su técnica de bailarina y absolutamente nada de su talento.

—¿Veía con frecuencia al capitán Chambers?

—Prácticamente nunca. La última vez, cuando mi madre murió.

—A pesar de lo cual él la llamó a su lado.

—Yo era su único pariente.

—¿Por qué dice que le han asesinado? ¿En qué se funda? Prescinda de las convicciones morales y de la fantasía. ¿En qué?

CAPÍTULO III

Los esbeltos dedos de Sonia jugueteaban con el cierre de su bolso.

—Cuando acudí junto a él, señor Fisher, mi tío me produjo una impresión extraña. No era ya el hombre calmoso, sereno y de buen humor a quien yo había conocido, y usted supongo que también, en su última época de oficial de policía. Se había vuelto sombrío, estaba preocupado, con frecuencia asustado incluso. Había algo malsano en su interés por mí; ahora me doy cuenta de que acogiéndome, cuidándome y agasajándome desahogaba sin duda un sentimiento de culpabilidad. Sus generosidades, en ocasiones, me abrumaban. Durante estos dos años he tenido, o por lo menos se me ha ofrecido, todo cuanto una muchacha puede desear.

«Hace seis semanas, tío John se marchó al Este en viaje de negocios: Pittsburgo, Filadelfia y Nueva York. Regresó dos días antes de lo previsto, agitado, nervioso, descompuesto. Algo le había ocurrido, no sé qué. Su vida cambió. Esperaba y temía un suceso determinado. Vigilaba el correo con ansiedad, y cada día, después de haberlo examinado, su alivio era evidente. Comenzó a recibir llamadas telefónicas de personas que no daban su nombre, que no hablaban sino directamente con él. Un hombre le visitó tres veces en diez días, o puede que fueran tres hombres distintos, porque ninguna de las veces les vi. Se encerraba con ellos en su despacho, y cuando se marchaban mi tío quedaba abrumado, pasaba sin despegar los labios horas enteras…».

—¿Fue entonces cuando mencionó la posibilidad de contratar a un detective?

—Fue poco después de su regreso. Como comprenderá, yo le hice preguntas: su tensión de nervios era demasiado evidente. Nunca respondió otra cosa que: «No es asunto que te concierna». Cuando noté que mi insistencia le molestaba, renuncié. Y luego,

hace exactamente diez días, llegó la carta que él temía recibir.

—¿Cómo sabe que era esa carta?

—Por su reacción. Yo estaba presente. Palideció antes de haberla abierto. Cogió el sobre y se lo llevó al despacho. Se encerró hasta mediodía, apareció enfurruñado a la hora de almorzar y me anunció que aquella tarde saldría de viaje y no regresaría hasta el día siguiente. Yo le dije: «Tío, si algo te preocupa, permíteme que te ayude». El contestó: «No es asunto que te concierna… Un hombre tiene el deber de afrontar la responsabilidad de sus propios errores». Esta segunda parte de la respuesta, la que aludía a sus errores, era nueva. Pero no pude arrancarle una palabra más.

—¿Y se marchó? ¿Dijo adonde?

—No. Se marchó después del almuerzo, sólo que no regresó al día siguiente, sino aquella misma noche… Olvidaba decirle que quemó el sobre en el cenicero de su despacho. Vi los restos desmenuzados. Entré por curiosidad, rebusqué por todas partes hasta verlos. Estaba terriblemente preocupada, y lo que ocurrió demostró que no me faltaban motivos.

—¿Su muerte?

—No, antes. Tío John regresó de improviso aquella noche, alrededor de la una de la madrugada. Yo salí temprano a la mañana siguiente. Bajé al garaje en busca de mi coche y vi el que él se había llevado… Cubierto de polvo, señor Fisher, con el cristal de una de las portezuelas destrozado y en la portezuela misma tres orificios que el más lerdo hubiera comprendido eran impactos de bala. Lo hizo reparar y pintar en seguida, pero yo lo había visto ya.

—¿Dio alguna explicación?

—No la dio, ni yo se la pedí. Estaba de un humor de perros. Durante dos días ignoró todos los asuntos que tenía pendientes, prescindió por entero de ellos. Al tercer día murió. No había salido de casa hasta entonces.

—Es decir, tres días antes del accidente afirma usted que sufrió un atentado. Su coche había sida tiroteado, estaba cubierto de polvo, y él regresó del misterioso viaje por la noche. Éstos son los hechos, ¿no?

—Muy bien, son los hechos —reconoció la joven de mala gana. Se había animado a medida que progresaba su narración y ahora hablaba con ojos chispeantes, tenso el cuerpo, las manos

oprimiendo con fuerza el cierre de su bolso—. Pero de todos modos él…

—Espere. ¿En qué taller le repararon los desperfectos de la carrocería del coche? ¿Lo sabe?

—Sé a qué taller vamos habitualmente. Si fue a otro, probablemente se averiguará con facilidad.

—¿Ese coche era el mismo que conducía cuando murió?

—Sí. Un «Chevrolet» descapotable blanco y rojo.

—Si Chambers no salió desde el atentado, ¿quién devolvió el coche reparado a su casa?

—No lo sé; posiblemente un mecánico. Yo estaba ausente.

—¿Tiene la seguridad de que su tío no salía?

—La tengo, señor Fisher. No sólo porque así lo decía cuando yo se lo preguntaba, sino por las ropas que vestía, porque no había vuelto a afeitarse, por la cantidad de colillas que encontraba en los ceniceros.

—¿Trabaja usted en algo?

—Desde que me reuní con tío John no me he ocupado más que de él y de la casa, así como de sus asuntos comerciales en la medida en que podía hacerlo una secretaria.

—De modo que estaba al corriente de sus negocios. ¿En qué había invertido Chambers el dinero?

—Se asoció a la «Meridian Electric Supplies», que trabaja principalmente para la industria aeronáutica. Es una empresa sólida. Tenía también intereses menores en una Compañía petrolífera tejana.

—Volvamos a la reparación del coche. Lo normal sería que el mecánico hubiera entregado el vehículo con la correspondiente factura. ¿Recuerda haberla visto?

El entrecejo de la joven se frunció un instante.

—No. No había pensado en ello. Pero si era el taller de costumbre no enviarán la factura hasta fin de mes, o hasta fin de trimestre, o incluso hasta fin de año. Suele hacerse con los clientes fijos si son cobros de pequeña importancia.

—Continúe.

—Tío John murió el viernes pasado, todo indica que alrededor de las once de la noche, en un lugar solitario al oeste de Fresno. No se descubrió que un coche se había despeñado allí hasta la mañana

siguiente; entonces los patrulleros del Estado exploraron el fondo del barranco y encontraron el «Chevrolet» y el cadáver de tío John, a quien reconocieron como su antiguo capitán. A mí me avisaron antes de mediodía. Sabía que estaba ausente, por no sé qué razón ni a dónde había ido. El viernes almorzamos juntos. No dijo que pensara marcharse. Salí por la tarde y no le encontré al regresar. No había dejado ningún aviso, ninguna nota. Se había mudado de ropa, aunque no llevaba consigo equipaje, ni siquiera la afeitadora eléctrica, absolutamente nada; esto lo comprobé más tarde, cuando me puse a pensar en lo que podía estar haciendo en Collarito Range, más allá de Fresno y marchando al parecer en dirección a Nevada por el valle de Yosemite.

—Bien, ¿qué estaba haciendo allí?

—No creo que hiciera nada. Le llevaron a Collarito Range para despeñarle.

—¿Quién le llevó? ¿Desde dónde?

—No lo sé.

—¿Apareció algún indicio de que el accidente no fuera tal?

—Ninguno. En los primeros instantes ni siquiera a mí se me ocurrió la idea. Fue después, reflexionando, atando cabos… Hoy es jueves, y llevo dándole vueltas al asunto desde el domingo. Me he enterado de todo lo relativo al atraco a la «Rosen Company» y a la detención de Eddie Crozer. He procurado informarme. He tratado de averiguar los auténticos motivos de la dimisión de tío John y la verdadera procedencia de su dinero. Mis sospechas, horribles sospechas, señor Fisher, se han confirmado cuando no he hallado la menor prueba de la existencia de una herencia ni de unas operaciones comerciales afortunadas. Esto fue indudablemente un pretexto falso. El resultado de mis reflexiones se lo expongo en el orden final, para que vea cuál es mi visión del problema…

—Por desdicha —comentó Ernie.

La muchacha le miró casi con indignación.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que es usted demasiado persuasiva. Admito que la historia, tal como la ha pergeñado, resulta plausible; melodramática, pero plausible. Por desdicha, paloma, no dispongo de otros elementos de juicio que el punto de vista de usted. La policía no se chupa el dedo. Si ha habido algo turbio en la muerte

del capitán Chambers, llegará a su olfato antes que al de nadie; y no hablemos de si lo hubo en la muerte de Eddie Crozer y la dimisión del capitán.

—Pero…

Ernie extendió las manos.

—Esto en primer lugar —añadió—. En segundo, la muerte de Chambers, el hecho en sí, por muy raras que fueran las circunstancias que lo precedieron, fue un accidente, y nada indica que fuera otra cosa. ¿Qué hacía en Collarito Range? ¡Hija mía! Podía hacer una docena de cosas, ninguna de ellas misteriosa ni extraordinaria, de las cuales no tenía que darle cuenta a usted.

—¡No, señor Fisher!

—En tercer lugar —prosiguió Ernie—, y esto es quizá lo más importante de todo, cuánto usted me ha relatado no corresponde a los rasgos que del retrato del capitán Chambers conservo en la memoria. ¿Es usted aficionada a leer «Cumbres Borrascosas» y otras novelas escritas por mujeres?

—¿A qué viene eso?

—Viene a que en esas novelas los hombres somos descritos de una manera pintoresca: enigmáticos, retraídos, con un pasado lleno de secretos que un día resurgen para atormentarnos; tipos interesantes, románticos, de mirada sombría, aficionados a encerrarnos en nuestro despacho para quemar las inquietantes cartas que el correo nos trae… Le viera usted o no le viera así, muñeca, John Chambers no era de ese modo, sino un tipo directo, jovial, honrado, recio, con buenos músculos y buen vientre, franco, de entendimiento limitado, pero que funcionaba siempre en línea recta; el perfecto ejemplar del oficial de policía que se ha nutrido toda su vida del erario público y corresponde a la prebenda con lealtad…

—¡No! —exclamó Sonia enérgicamente—. ¡Oh, no, no! Puede que fuera en otra época como usted dice, pero no ahora, ¡no ahora! Había cambiado mucho.

—Esos hombres no cambian.

—¡Pregúntelo a sus antiguos amigos! No tenía amigos ya, señor Fisher. ¡Ninguno! Estaba solo con su dinero. La soledad debió de ser una de las razones que le impulsaron a recogerme y darme protección.

—A la pobrecita huérfana perdida a merced de los lobos.
—¡Yo no leo esa clase de novelas!
—Lo celebro. Y lo dudo.
—¿Su actitud significa que va a negarse a trabajar para mí?
Ernie rió en silencio.

CAPÍTULO IV

Pura delicia. La pasión había surgido a la superficie; el fuego de la vida semioculto bajo el barniz de la educación.

Una mujer, y lo demás imitaciones.

—No me haga caso. Por decirlo a su modo, creo que trabajaré para usted. Pero no quiero robarle el dinero: mañana cambiaré impresiones con otras personas sobre los temas que me ha expuesto, y si no me confirman su idea de que la muerte de Chambers es un asesinato, mi sentido de la ética me impedirá aceptar su proposición. El propio capitán Chambers se lo advirtió a usted: yo no soy un detective privado como los demás. Por otra parte, agradezco la confianza que me ha demostrado. Me doy perfecta cuenta de cuánto la ha violentado calificar de venal y de asesino a un hombre que se comportó con usted tan estupendamente…

Ella le miraba con recelo.

—Se burla. Dice eso en sentido irónico.

—Le aseguro que no. Estoy acostumbrado a tropezar a cada paso con la historia de la Cenicienta huerfanita.

La muchacha enderezó la cabeza.

—Señor Fisher, si insinúa lo que me parece…

—No insinúo nada. Pise el freno de la fantasía, por favor.

Hubo un momento de silencio.

Ernie pensó que ella iba a dar por terminada la entrevista, a aprovechar la pausa para marcharse. No fue así. Sonia, después de reflexionar, abrió de nuevo su bolso y volvió a sacar el sobre de donde anteriormente tomara el recorte de periódico.

—Quiero que vea esto. Puede serle de alguna utilidad.

Era otro sobre contenido en el primero, doblado, rasgado por la parte superior. Ernie se levantó para cogerlo y leyó un nombre y unas señas: «Doris Jones, 224 Springflower Close. Santa Bárbara, California». La letra era clara, regular, masculina.

Dentro del sobre había una carta:

> «Querida Doris: Tres veces he intentado llamarte por teléfono y no he conseguido localizarte; por ello me decido a escribirte. Me gustaría saber expresar lo mucho que te echo de menos. Tú me has devuelto la juventud e iluminado mi vida, y en estos momentos críticos para mí es tu recuerdo lo que me sostiene. Necesito estar a tu lado. Llámame, por favor, antes del domingo. Si no tienes otro compromiso acudiré junto a ti este fin de semana. Devotamente tuyo, *John*».

—¿Quién es Doris Jones?

—No lo sé —dijo la muchacha.

Ernie la miró inexpresivamente.

—¿Pretende burlarse? Ha vivido dos años junto a John Chambers, ha cuidado de él, ha sido su secretaria, está al corriente de sus asuntos, ¿y no sabe quien es la mujer que le devolvió la juventud e iluminó su vida?

—Le aseguro que no lo sé. Nunca le oí mencionar ese nombre, nunca le vi en compañía de una mujer, no hubo jamás cartas suyas ni llamadas telefónicas. No tengo noticia de que tío John visitara Santa Bárbara. Después de su muerte, ninguna mujer llamada Doris Jones ha aparecido, ni se ha interesado por lo ocurrido a mi tío, ni ha demostrado que le uniera a él la menor relación.

—Pero esta carta demuestra…

—Sí, demuestra o parece demostrar que existía algo entre ellos; por eso se la enseño a usted, señor Fisher. La encontré en su escritorio, terminada, cerrada, a punto, salvo que le falta el sello, para ser echada al buzón. O bien mi tío la olvidó al marcharse, o bien optó repentinamente por dirigirse él mismo a Santa Bárbara, lo cual explicaría su viaje.

—¿Por qué lo explicaría? —preguntó Ernie a media voz—. Chambers no llevaba equipaje, según usted; no dejó siquiera una nota explicando su partida, y además Santa Bárbara no está ni mucho menos camino de Collarito Range o viceversa.

Ella sostuvo su mirada; le obsequió descruzando las piernas y se puso en pie. Con las manos se alisó maquinalmente el vestido.

—No sé nada, absolutamente nada de ese asunto, señor Fisher. Pensaba ir a Santa Bárbara hasta que decidí contratarle a usted. Le doy la carta porque puede ser una pista.

—O no.

—O no, en efecto. —La joven volvió los ojos hacia la puerta—. ¿Queda claro lo que deseo? Tío John se enriqueció por matar a Eddie Crozer, y esto fue un modo de encubrir a los atracadores de la *Rosen Company*. Ahora los responsables del atraco le han matado a él. Usted se encargará de desenmascararles. ¿Cuánto va a cobrarme por su trabajo?

—Espere; no corra tanto, muñeca. Si no he entendido mal, usted me encomienda la tarea a mí y no a la policía porque desea mantener a salvo el buen nombre de su tío. Pero si el asunto llega a aclararse y toda la porquería se descubre, ¿qué pasará?

—Quizá nada.

—Mire, trato de ser honesto con usted aunque me cueste perder el negocio. Salvar el buen nombre de Chambers será imposible.

—Quizá no —insistió Sonia, vuelta a medias hacia la puerta—. No ocurrirá nada… si los culpables mueren.

—Y es eso lo que usted desea; es eso lo que debe quedar claro.

—Sólo digo que sería la solución ideal.

—¡Contratarme para que les cierre la boca como ellos se la cerraron a su tío y como éste se la cerró a Crozer! Querida, no cuente conmigo en tales condiciones. Cuando le dijeron que yo no era un detective como los demás, significa precisamente que no me presto a combinaciones de esa clase.

La muchacha apartó la mirada de la puerta y volvió hacia Ernie su fascinante rostro. En sus labios se dibujaba una triste sonrisa. El tuvo la sensación de hallarse ante un oculto peligro, como si la bella y sedosa garra de una fiera se alzase con las uñas disimuladas entre las almohadillas de los dedos. Una sacudida nerviosa, una descarga de pasión en la sangre. ¡Cielos! Cualquier hombre podía enloquecer por una mujer como aquélla.

La bella y sedosa garra que uno se precipitaba a besar sin importarle que las uñas le sacaran los ojos.

—Señor Fisher, yo no pido imposibles. ¿Quiere decirme, por favor, sus honorarios?

El apretó los puños.

—Trataremos de mis honorarios más adelante. Primero necesito saber si puedo o no puedo embarcarme en este asunto.

—No le entiendo.

—Me entiendo yo. Siéntese.

—No, muchas, gracias. Creo que hemos hablado lo suficiente. Es tarde.

—La acompañaré entonces hasta su coche. He dejado el mío en el aparcamiento del cine.

La triste, la peligrosa sonrisa.

—Si no ha de tomarlo a mal le diré que prefiero que no lo haga. Me gustaría caminar un rato sola y tomar el aire. —Sonia abrió su bolso, hurgó un momento en el interior y sacó una tarjeta—. Aquí tiene mis señas y mi teléfono. Confío en que considere favorablemente mi proposición. Mañana me encontrará en casa todo el día.

—¿Realmente quiere marcharse?

—Sí.

Ernie tomó la tarjeta, pero no la miró.

Una diosa pagana, una deidad primitiva y salvaje bajo la fina capa de civilización; más profunda, más un abismo misterioso a medida que uno la iba tratando. Con toda la atracción del abismo en sí. ¿Qué había en el fondo? ¿El bien sublime? ¿La frenética embriaguez del mal?

Un abismo al que había que arrojarse para saberlo.

Una mujer.

—Muy bien, la veré mañana.

Ella se colgaba el bolso del hombro con su característico gesto de perezoso descuido. Echaba a andar hacia el vestíbulo.

Ernie la siguió. Abrió la puerta.

—Ya sé que me verá, señor Fisher. —Tendía la mano—. Buenas noches, y gracias por haberme escuchado tan amablemente.

—Conocerla ha sido un placer. —La mano, como un animalito vivo, firme, palpitaba entre los fuertes y morenos dedos masculinos —. No lo digo por cumplido, ni siquiera por galantería. Un placer…

—También sé eso. Una mujer se da cuenta en seguida. —La mano se retiró—. Le convendría tomar de vez en cuando un sedante, señor Fisher. Adiós.

Ella ya no estaba.

Ernie cerró lentamente la puerta y se apoyó en la hoja de espaldas.

¿Era el principio de algo? ¿Era el final?

Le hubiera gustado saberlo. Le hubiera gustado saber infinidad de cosas; entre ellas, qué propósito —el último, el auténtico— había en realidad guiado a Sonia Hunch cuando resolvió contarle precisamente a él la vidriosa historia del capitán Chambers.

CAPÍTULO V

Apuntaba la aurora.

A la derecha, saliendo del último núcleo de la ciudad en aquella dirección, el rótulo de neón del parador tomaba contra la palidez del cielo un tono rojizo y sucio. Contigua se hallaba la estación de gasolina, iluminada parcamente; a continuación un espacio de aparcamiento libre, y después el bar del parador, abierto toda la noche.

Había cerca de veinte coches en el aparcamiento, dos de ellos taxis; modelos antiguos la mayoría de los restantes, uno un pequeño «MG» blanco con la capota baja. Pero no se veía a nadie, ni en ellos ni en el bar. La carretera estatal adquiría exactamente allí sus dimensiones y partía en línea recta hacia Helseth, Midday Valley, San Bernardino y el desierto.

Ernie aparcó su «Chevrolet» en el extremo de la hilera de vehículos. El viento frío y cortante que soplaba de tierra adentro le hizo estremecerse cuando cerró la portezuela del coche y se detuvo a encender un cigarrillo con la mirada fija en el bar.

Empujó las puertas batientes de éste.

—Hola, Duke.

Un negro de cara abotargada, ataviado con chaqueta blanca y gorro del mismo color, permanecía inmóvil detrás del mostrador. La voz de Bobby Darin brotaba de un aparato de radio situado a la altura de su hombro entre botellas, conectado con una estación de emisión continua.

Los ojos sanguinolentos del negro se posaron en Ernie.

—Tiempo sin verle…

—Trabajo. Un café.

—Sí, señor Fisher.

La estatua blanca y negra se movió.

Un café.

—¿Cómo está abajo la cosa?

—Estaba al rojo hace un rato. ¿No quiere azúcar? Pero esto ya no es lo que era.

—Nada es ya lo que era. —Ernie sorbió el café entornando los párpados—. ¿Jerry Latham?

—Quizá. No me he fijado.

—Iré a ver.

La taza vacía tintineó sobre el plato de cristal.

Ernie dejó unas monedas en el mostrador y echó a andar hacia el fondo, donde una puerta-espejo ostentaba en letras azules la inscripción: *Privado*.

La puerta se abría a un corto tramo de pasillo, mero compartimiento que terminaba ante otra puerta. Ésta estaba forrada de corcho por ambos lados. Corcho grueso. Dejó pasar unas notas de música cuando Ernie la abrió.

Una escalera descendente.

La música semejaba formar parte del aire: nerviosa, sincopada, febril. Una temblorosa espiral de sonidos. Ernie se encontró envuelto en ella al apartar la gruesa cortina que abajo interrumpía el paso.

La sala no era grande, aunque la escasa luz no permitía ver sus exactas dimensiones. Desde el pie de la escalera parecía extenderse hasta el infinito, un mundo amarillo-gris con lo nota roja de un pequeño bar en un ángulo. Los espejos que recubrían las paredes sumidas en la penumbra causaban aquella impresión. Había mesas. Había gente: marinos, soldados, muchachos de ambos sexos, individuos de rostro pálido, cabello rizado y mirada acuosa, rubias super-maquilladas, negros; había chaquetas de cuero, elásticas deportivas, pantalones tejanos. Había humo que flotaba en jirones sobre las cabezas y olía de un modo peculiar.

En un tablado, diagonalmente opuesto a la puerta, estaban los hombres que interpretaban la música: cuatro blancos y dos negros, todos con el torso semidesnudo, relucientes de sudor; un saxo alto, un saxo barítono, un oboe, una trompeta, un bajo, una batería. Semejaban tocar para sí mismos, por puro placer, por puro arrebato rítmico, abandonados a un éxtasis desgarrado y perezoso. Sin estridencia, sin estrépito. Una docena o más de instrumentos de diversas clases se hallaban apoyados contra el borde del tablado o

en manos de los concurrentes más próximos. El segundo término lo llenaba, cerrado, un piano vertical.

Ernie aguardó unos momentos junto a la cortina, dejando vagar por la sala los ojos. La música se deslizó dentro de él, semejó vaciarle las venas de sangre. En aquel ambiente cargado era interpretada como un rito demoníaco, con una unción selvática, primitiva, ardiente, sensual y, a su modo, religiosa. Entre la fantasía de la improvisación revoloteaban los ecos del viejo tema, que Ernie sintió repercutir frase por frase dentro de sí: *Some of these days… you gonna miss me, baby*… Uno se mordía los labios, y lo mismo que uno, en torno, los cuerpos se estremecían, se espeluznaban, caían en un trance de recuerdos borrosos, de sensaciones voluptuosas, de tiernas nostalgias, de quimeras eróticas, de placeres perdidos; en un nirvana desolador.

Ernie se dirigió al bar arrastrando los pies. El hombre que lo atendía era blanco y estaba en mangas de camisa: rostro pálido, labios gruesos, ojos viciosos, cabello cortado en forma de cepillo. Sus gruesos dedos repiqueteaban sobre el mostrador.

—Fisher —articuló como saludo.

El detective correspondió con un ademán.

—Busco a Jerry Latham.

—Aguarda.

La trompeta parecía llorar.

—¿Nuevo?

El barman erguía la espalda, nervios y músculos en tensión.

—La segunda noche. De Chicago. ¿Qué me dices?

—No cuajará. Está bien para Chicago. En la Costa Oeste marchamos con el tiempo.



Le sujetó por los hombros.

—Pero tiene madera. Escúchale.

Ernie contempló unos momentos al joven trompetista que desarrollaba con el cuerpo encogido y los ojos cerrados la sencilla y lloriqueante línea de su solo.

—Busco a Jerry Latham —repitió.

—Pregunta a Tony.

También en mangas de camisa, un paño sobre el hombro, Tony estaba apoyado en la pared un poco más allá. Era el camarero que servía las mesas.

—¿Jerry? Sí, ha venido. —Una blanca y carnosa mano señaló—: Allí.

—¿Allí?

—Más a la derecha. En el diván de la pared.

Ernie avanzó en la dirección indicada. Había una botella de ginebra en la mesa, ante un hombre que dormía con la cabeza apoyada sobre los brazos. Una mujer de rostro cansado, corrido el maquillaje, fumaba a su lado un cigarrillo que expandía el aroma equívoco de la mariguana.

El detective se sentó junto al hombre.

—¿Duerme?

—A medias. —La mujer no se molestó en mirarle—. Está repleto.

El trompetista de Chicago terminó su solo. La tensión general se disolvió en un estallido de pataleos, silbidos y aplausos. La música no seso.

Ernie agarró por los cabellos la cabeza del hombre que dormía y se la volvió para verle la cara. Sonrió. Jerry Latham no fue siempre así, como era ahora: un muñeco lívido empapado en alcohol, los párpados entreabiertos mostrando el blanco de los ojos, el labio inferior caído. Cosas que le pasaban a uno.

—Despierta… Eh, Jerry, despierta.

La mujer preguntó:

—¿Pero tú qué quieres?

—Llevármelo. Tengo que hablarle. ¿Amigo tuyo?

—¿Por qué no? Estaba esta noche en el bar de Chute; yo suelo ir por allí. ¿Y si le dejaras en paz? ¿Qué dices?

Ernie se puso en pie y levantó al hombre asiéndole por los sobacos. Miró a la mujer.

—¿Tú vienes?

—Al diablo —gruñó ella—. Paga antes. Está una de vivales hasta aquí.

El sonido del oboe difundía por la sala un extraño hechizo.

Sosteniendo y arrastrando a Jerry, el detective echó a andar a lo

largo de la pared en dirección a la salida. Se detuvo un momento al llegar frente a Tony.

—Toma. Cómprate un yate para los fines de semana.

Dejó un billete en su mano y siguió adelante. Oyó reír al camarero.

—¡Menudo paquete!

La escalera.

El negro, en el bar de arriba, escuchaba la voz de Doris Day.

Ernie apoyó al dormido contra el mostrador.

—Dale un café cargado y echa algo que le despierte.

—Deberían vender vacunas contra esto —dijo el negro—. Que uno soplara, soplara, y nada, sería bueno, ¿no?

—Sería horrible. Vacunas contra las mujeres, eso sí. Date prisa.

—¿Qué fue de Lydda?

—Murió.

—Dicen que el tipo que se la llevó a Europa la abandonó en París.

—Dicen.

El negro emitió un ruido de chupeteo.

—Guapa chica.

—¡Cierra el pico de una vez!

—Lo que usted mande, señor Fisher.

Ernie esperó a que Jerry reaccionase, y luego pagó y le sacó al exterior. El borracho caminaba tambaleándose y dando traspiés. El aire fresco le reanimó un poco. Murmuró unas palabras ininteligibles. Se dejó guiar dócilmente hasta el coche, para allí derrumbarse en el asiento con un gemido.

Un sollozo le sacudió en el momento en que el «Chevrolet» salía del aparcamiento en dirección opuesta a la ciudad. Se cubrió el rostro con las manos.

Ernie le dejó que llorase. Conducía mirando impasible hacia adelante, alejándose más y más del centro urbano, la aguja del velocímetro clavada en las ochenta millas. Punzante como agujas, el viento entraba por las ventanillas abiertas.

CAPÍTULO VI

Jerry Latham estornudó, cesó de llorar y sacó un pañuelo para sonarse las narices. Miró al detective con sorpresa. Debía de tener treinta años, pero aparentaba más: los cabellos grises, el rostro lívido y ajado, bolsas bajo los ojos, la actitud abatida, las ropas raídas y mugrientas. Y no era el alcohol lo que le había convertido en aquello.

—Eres tú —murmuró.

—Sí.

—Pero yo estaba…

—Te he sacado de allí. Necesito hablarte.

—¡Fisher, Fisher, Fisher! Detesto los sermones. La última vez te dije que había encontrado mi camino.

—Nunca hago caso de lo que dices. ¡Jerry, no te pongas tremebundo ahora! Procura que se te aclare la cabeza.

—Detesto los sermones —repitió el hombre.

—Yo también. Es de Eddie Crozer de quien quiero hablarte.

Jerry calló.

El primer rótulo indicador de la desviación a Stuart City apareció a la derecha de la carretera. Ernie redujo la velocidad. El segundo rótulo. El tercero. Las señales trazadas sobre el asfalto.

Un patrullero, las luces encendidas aún, vigilaba en el desvío.

—Ernie, escúchame.

—¿Estás sereno?

—Todo lo sereno que puedo estar. El día en que Lydda…

—No empecemos otra vez.

¿Empezar otra vez? Ernie sabía de sobra que no puede empezar lo que no ha terminado ni terminará nunca. La muerte no es siempre un término. Con Lydda no lo había sido. Guapa chica, claro que sí; con todo lo que una socia había de tener para que un tipo como Jerry se pirrase por ella. ¿Y qué pasó? Parecían dos tórtolos.

Luego Jerry fue a la cárcel por una nadería, y ella encontró en San Francisco a un jugador profesional gordito y elegante que necesitaba un gancho para la jira que había proyectado por Europa. Lydda fue su gancho. Fue todo lo que del gancho podía colgarse. Murió en París de una obstrucción intestinal el mismo día en que Jerry salía de la cárcel y se enteraba de que su tórtola había vendido los muebles de su nidito de Durango Bulevar para largarse con otro.

Cosas que le pasaban a uno.

Jerry volvió a estornudar y a sonarse.

—Tengo frío.

—Buena señal —dijo Ernie. El antiguo Jerry Latham había dejado aquel mismo día de existir. ¿Hacía un año? ¿Año y medio? Desde entonces era un montón de basura—. Presta atención, si puedes. Eddie Crozer. ¿Recuerdas?

—Sí. Tengo frío. Ernie.

—¿Recuerdas cómo murió?

—Los guardianes le buscaban. Le entró el canguelo a última hora, sacó el petardo y le dejaron seco. Había que andarse con mucho cuidado con él cuando estaba trufado. La coco le embalaba de locura.

—¿Sí?

—¿Qué importa eso, Ernie? Ocurrió hace una eternidad.

—Aguarda.

Un nuevo rótulo indicador anunciaba la desviación a Helseth. Las colinas ocultaban la población. El cielo era ya azul.

Ernie arrimó el coche a la derecha y, cuando llegó a él, tomó el desvío. Más allá de las colinas, lo introdujo en una arboleda y echó los frenos.

Ofreció a Jerry su paquete de tabaco.

—Gracias, no. —El viento helado había dejado de colarse por las ventanillas y el hombre se sentía más a gusto—. ¿Dónde estamos?

—En las afueras de Helseth. —Ernie encendió un cigarrillo—. Veamos, Jerry. Crozer fue apiolado hace dos años y pico. Me han hablado de él esta noche, y desde entonces me rompo la cabeza tratando de pensar en alguien que le conociese. Luego voy y me acuerdo de ti. Tú trabajabas para él. Venías de Frisco y estabas metido en el *bookie*[2]. Me parece verte todavía renegando y

jurando, una o dos noches después de haberse sabido lo de Crozer, porque él se había largado a la tumba dejándote un descubierto de un montón de dólares que tus clientes reclamaban.

—Es verdad —asintió débilmente Latham—. Una cerdada que me hizo el tío. Sudé sangre para cubrirme.

—¿Por qué buscaba a Crozer la policía?

—No recuerdo exactamente, Ernie.

—Piensa. Se había metido en un lío gordo.

—Un lío gordo… ¡Oh! Tú te refieres a un atraco que hubo en Pasadena. Se habló de ello. ¿O te refieres a otra cosa?

—¿Hubo otra cosa?

Jerry estaba hundido en el asiento, la cabeza echada atrás y apoyada en el respaldo, brazos y piernas abiertos, respirando profundamente. Los huesos de su cuerpo parecían marcarse debajo de la ropa.

—No lo sé. Mi relación con Eddie no era tan estrecha como para saberlo. Pudo haber infinidad de cosas.

—Pero él tenía algo que ver con el atraco.

—No.

—¿No?

—¡Diantre, no! Eddie Crozer no necesitaba embarcarse en negocios tan peliagudos. Ya recuerdo… Fue en Pasadena. Unos tíos tendieron una emboscada al coche blindado que transportaba la nómina de una fábrica de conservas y se cargaron uno de los pagadores. Alzaron el vuelo con una fortuna y nadie ha sabido nunca dónde y cuándo aterrizaron.

—Algo así. Y hubo una delación contra Crozer, y la policía le buscaba para interrogarle.

Una vaga sonrisa se dibujó en los labios exangües de Jerry.

—Nanay. Eso fue lo que dijeron los papeles.

—¿Por que no puede ser cierto?

—Quizá habría una delación, pero si la hubo era falsa. Eddie tenía muchos, muchísimos enemigos. Y a pesar de todo no creo ni que hubiera esa delación.

—Estás fantaseando.

—¿Te interesa el asunto, Ernie?

—Claro que me interesa.

—Muy bien. En primer lugar te digo que un atraco no era

negocio para Eddie Crozer. Jamás se metió en semejantes berenjenales; y no porque la sangre le asustara, especialmente cuando llevaba su carga de nieve en el cuerpo. Pero tenía en plena marcha las apuestas y el chantaje, un gran edificio que el primer terremoto hubiera derrumbado, y le convenía la máxima quietud.

—¿Chantaje?

—¡Oh, diantre! Eddie era el mayor chantajista de California. ¿Cómo conseguía que la gente trabajara para él? ¿Cómo había conseguido que trabajara yo? Su muerte produjo un verdadero tornado de suspiros de alivio…

—¿Y dónde están las armas que empleaba? El chantaje en gran escala supone un archivo de evidencias comprometedoras. ¿Dónde está?

—Posiblemente lo destruyó antes de escapar.

—Jerry, sigo creyendo que fantaseas.

—Sólo en parte.

—¿De dónde salió entonces la historia del atraco?

—Lo menos probable es que alguien que le quería mal diese un soplo falso a la policía; digamos una maniobra indirecta para perjudicarle. Los más probable… es que la misma policía utilizara el pretexto del atraco para encubrir otra cosa, no sé exactamente qué. Lo que sí sé, Ernie, es que contra Crozer se había montado una enorme maquinación; esto te lo aseguro. Hablé con él dos días antes de su muerte. Estaba asustado como yo nunca le había visto, y mudo como un palo. Empapurrándose de coco basta las orejas. ¿Luego qué? Emprendió la fuga, quiso ocultarse incluso, había contratado en San Diego un aerotaxi para que le llevara a México. Los guardias interceptaron su camino, y hala. El tío sacó la pistola. No lo hubiera hecho en circunstancias normales.

—Fue un solo guardia —observó Ernie.

—Sí, creo recordar que fue uno solo. No importa.

—Sí importa. Nadie presenció lo ocurrido. Ese guardia era el capitán John Chambers, de la Policía del Estado. El dijo que Crozer había ofrecido resistencia y sacado la pistola, y se le creyó bajo palabra.

Jerry movió negativamente la cabeza.

—Aceptaría cien contra uno a que dijo la verdad.

—¿Lo aceptarías? Chambers renunció a la plaza un mes después,

y antes de tres meses vivía como un millonario.

Las flacas manos del hombre se levantaron para oprimir sus sienes.

—No me marees, Ernie. Aunque demostraras con documentos que ese guardia cobró un millón, o cinco, o diez millones por cargarse a Crozer, no habrías probado que Eddie tuvo relación con el atraco de Pasadena. No, no, ¡no! El atraco fue un negocio local, y la banda que lo ejecutó debió de cruzar la frontera en cuestión de horas y correr a gastarse la pasta lo más lejos posible. Es tan absurdo suponer que Eddie estaba detrás del golpe como suponer que lo estaba yo.

Ernie, ceñudo, disparó por la ventanilla la colilla de su cigarrillo.

—Es decir, tú admites que Chambers pudo ser sobornado para que se cargase a Crozer, pero no porque éste supiera algo del atraco a los pagadores de la *Rosen Company*.

—Exacto.

—Y aseguras que el atraco fue el pretexto que utilizó la policía para encubrir la verdadera razón de que Crozer fuera buscado.

—Sí, Ernie, así tuvo que ser. Voy recordando los detalles. No se había dicho una palabra de que a Eddie le buscaran por aquello; no se dijo hasta que estuvo fiambre. Puede que los guardias agarrasen por los pelos la ocasión de salvar el prestigio. El *hold-up* de Pasadena era un golpe como una catedral, se había dado unos días antes y no existía la menor pista. Los papeles chillaban como endemoniados. Cargarle el mochuelo a Eddie, que estaba muerto y no podía defenderse, fue una estupenda solución.

El detective miraba fijamente a Jerry.

—Te creería si me dijeras por qué buscaba la policía a Crozer.

—No lo sé.

—¿Qué entiendes tú por una maquinación?

—¡Por favor! A Eddie le pisaban los talones, estaba vencido, atrapado, sin fuerza y sin moral; eso es todo.

—¡Qué va a ser todo, Jerry! ¿Quién le pisaba los talones? ¿Quién le había vencido?

—¿Por qué no se lo preguntas al guardia?

—¿Al capitán Chambers?

—Sí.

—Porque murió el pasado viernes; esta noche me han dicho que

fue asesinado.

CAPÍTULO VII

Jerry perdió por un momento su aire de fatiga.

—¿Te han dicho que fue asesinado? ¿A consecuencia de lo que Eddie?

—A consecuencia, en realidad, del atraco de Pasadena. La conexión es clara: ese atraco fue organizado con matemática precisión por una o varias personas expertas, poderosas y bien relacionadas; Eddie Crozer sabía algo sobre el golpe, y una delación lo comunicó a la policía; John Chambers fue sobornado para que se anticipase a matar a Crozer y evitara el peligro; ahora, finalmente, más de dos años después, Chambers se había convertido en un peligro él mismo, estaba arrepentido, iba a cantar, o bien sus antiguos cómplices trataban de exprimirle, de coaccionarle, de sacar nuevo provecho de él, a lo cual se resistía, y le ha sido cerrada para siempre la boca.

Hubo un largo silencio. Ernie, que observaba atentamente a Jerry, leyó en su rostro la perplejidad.

—Parece haber una parte de verdad en eso…

—¿Sólo una parte?

—No he conocido al guardia, no sé nada de él, no puedo juzgar. Pero es posible que se cargase a Eddie a propósito y que ahora le hayan ajustado las cuentas.

—No se limitó a cargarse a Eddie. Hay indicios de que le vació los bolsillos y se quedó con un porrón de dólares que luego vosotros, su clientela, echasteis de menos.

Jerry abrió la boca.

—¿El guardia? ¡Oh, diantre! Pero eso significaría que Eddie viajaba con todos sus billetes encima. No puede ser. Más propio de él hubiera sido preparar la retirada con tiempo; y tiempo, aunque poco, lo tuvo.

—Sus asuntos eran un montón de embrollos.

—¡Narices, Ernie! ¡Era ordenado y meticuloso como un contable profesional! El montón de embrollos apareció después de su muerte porque él lo organizó deliberadamente para cubrir su retirada. Los muchachos del *bookie* hablamos largo y tendido de esto cuando nos pillamos los dedos por culpa suya. La única explicación lógica es que Eddie transfirió sus fondos al extranjero. Estarán en algún Banco todavía, a nombre supuesto, bien guardaditos hasta que se pudran sin que nadie los haya reclamado.

—Sueñas. Cuando uno realiza una operación así y marcha al encuentro del dinero, lleva encima la documentación necesaria para cobrarlo. Eso fue exactamente lo que hizo Chambers: quitarle la documentación y reclamar la pasta falsificando de nuevo nombres y firmas.

Jerry reflexionaba.

—De acuerdo —concedió—, puede que lo hiciese, y si lo hizo bien muerto está. Yo sólo digo que Eddie ni de lejos intervino en el atraco. —Pestañeó cuando el primer rayo de sol le dio en los ojos—. Ernie, tú has sido siempre amable conmigo. ¿Te importaría ahora llevarme a la ciudad? Estoy deshecho…

La luz del día doraba la tierra y ponía un matiz tierno en el verde de árboles y campos.

Sin decir palabra dio Ernie el contacto, maniobró y emprendió el regreso a la carretera estatal. El tránsito era ya intenso en ésta. Una caravana de vehículos conducía a sus lugares de trabajo, en el núcleo de la ciudad, a los habitantes de las zonas residenciales.

—Jerry.

—¿Qué?

—¿Me has dicho todo lo que sabes?

—Todo.

—Pero podrías saber más si te lo propusieras; por ejemplo, quiénes cometieron el atraco a la *Rosen Company*.

—Ten cabeza, Ernie. Eso no lo sabe nadie, excepto los que fueron protagonistas. Yo podría únicamente darte una lista de posibles culpables, quince o veinte nombres, aproximadamente los mismos que te daría un guardia bien informado. Pero recuerda que… que desde que me metieron entre rejas he vivido fuera del mundo… Ernie, ¿qué es lo que buscas en realidad?

—Algo infernalmente complicado.

—¿Qué?

—Primero, asegurarme de que la conexión entre el atraco de Pasadena y la muerte de Chambers existe; luego, desenmascarar al instigador de aquel atraco, que lo será al propio tiempo del asesinato de Eddie y del de ese condenado expolicía. Quizá me sirva de ayuda, a fin de cuentas, tu lista de posibles culpables.

—No, no te servirá de nada. La conexión no existe. Tú tienes amigos en la policía. Tienes al teniente Amila en el Departamento Central, ¿no? Ve y pregúntaselo.

—¿Y si alguien les hubiera engañado también a ellos? ¿Y esa maquinación, Jerry? Tú podrías ayudarme en esto. Habría dinero a ganar. Tú eres el hombre indicado para hacer las necesarias averiguaciones.

—¡Ernie! Yo no soy ya ni siquiera un hombre.

—¿Empezamos otra vez?

—Págame una botella y cerraré el pico.

—Prefiero que te la pagues tú. No una botella, sino una caja de botellas. Con dinero que tú hayas ganado. Y si luego revientas, festival completo.

El lívido rostro de Jerry se había cubierto de sombras.

—No tendré la suerte de reventar.

—Inténtalo por lo menos.

El flaco pecho del hombre subió y bajó en un suspiro.

—Ernie, tú eres el único que me comprende. El único. Y sin embargo estás más lejos de mí que de la luna.

—Soy agradecido.

—No necesitas agradecerme lo que hizo un caballo.

—No conozco al caballo —dijo Ernie. En la época dorada en que Jerry Latham corría apuestas como agente de Eddie Crozer y vivía su idilio con Lydda en el apartamento de Durango Bulevar, un consejo del *bookmaker* le había proporcionado una pequeña fortuna con un ganador-sorpresa pagado veintidós a uno. Aquello había iniciado su amistad—. Piensa en mi proposición. Te veré por la noche aunque tenga que registrar toda la ciudad para encontrarte.

El «Chevrolet», alineado en la caravana de vehículos, pasaba ante el parador. Todos los coches, salvo dos o tres, continuaban en el aparcamiento.

Jerry no miró hacia allí.

—Déjame en la esquina de Fuller y Columbia.
—Prométeme…
—No le pidas promesas a un alcohólico, Ernie.
—Se las pido a un amigo.
—Yo no soy amigo de nadie. Si has de insistir en eso, déjame aquí.
Ernie no insistió.
Se adentró en la ciudad y detuvo el coche en la esquina indicada. Un feo edificio de ladrillo ostentaba un rótulo anunciador de que allí se vendían los trajes más baratos de América. En la esquina misma había un bar pequeño y sucio, que por las trazas había estado abierto toda la noche.
—Suerte —dijo hoscamente Jerry.
Se apeó. No volvió la cabeza, no reiteró su saludo. Anduvo a través de la acera con paso cansino, pero firme, hasta desaparecer por la puerta del bar.
Ernie reflexionó unos momentos. Después puso otra vez el coche en marcha y condujo lentamente en dirección a Jersey Lane.
La ciudad adquiría el pulso normal de la jornada.
La gran cafetería de Jersey Lane estaba llena, con el aire oliendo a bollos tiernos, a café, a lociones de afeitados. Hasta aquel instante no se percató por entero Ernie de que la noche pasada en blanco había terminado ya.
Se adentró en el local en busca de las cabinas telefónicas. Se encerró en una. Marcó un número.
Una voz de mujer:
—¿Diga?
—Desearía hablar con el teniente Amila.
—¿Quién le llama? El teniente no se ha levantado aún. Si no es urgente…
—Soy Ernie Fisher, señora Amila. Puede decirle a Johnny cuando despierte que le espero en la cafetería de Jersey Lane para que desayunemos juntos.
—¡Oh, es usted! Descuide, le llamaré media hora antes. No tardará.
—Gracias.
Johnny Amila no tardó. Encontró a Ernie de pie ante el mostrador, con una taza de café, hojeando un periódico.

—Veinte minutos de mi tiempo —anunció mostrando su reloj de pulsera. Dio al detective una palmada en la espalda—. ¿Son suficientes para lo que quieres decirme?

CAPÍTULO VIII

Era alto, de cara ancha, y parecía fofo, pero no lo era. Su voluminoso cuerpo encerraba un inmenso caudal de fuerza y energía. Sonreía de oreja a oreja. Tenía los ojos grises, fríos y penetrantes. Cuando se lo proponía, su franca sonrisa podía convertirse en una especie de insulto sin palabras.

—Quizá cinco minutos bastarán —respondió Ernie estrechando su mano—. Toma alguna cosa.

—¿Alguna cosa? Tú no sabes lo que es mi desayuno…

Pidió huevos, jamón, chuletas con patatas, tostadas, mantequilla, fruta, un vaso de leche y una taza de café. Comenzó a devorar sin cumplidos.

—Tengo un caso en estudio —dijo el detective, observándole con curiosidad—. ¿Puedes hablar y tragar al mismo tiempo?

—Probaré.

—Está bien. ¿Recuerdas el atraco a los pagadores de la *Rosen Company*, en Pasadena, hace algo más de dos años?

Un taco de jamón se inmovilizó en el aire.

—Ernie, si tienes alguna información sobre eso…

—Una información es lo que busco. Y quiero que me digas la verdad, estrictamente la verdad. Ocurrió algo raro. Estabais investigando ese atraco cuando, de repente, vosotros, la policía del Estado y todas las fuerzas locales de California, os lanzasteis en persecución de un *bookmaker* de San Francisco llamado Eddie Crozer. Fue el capitán John Chambers quien interceptó su camino. Se encontraron frente a frente, solos los dos… Más tarde declararía Chambers que Crozer, empapado de cocaína, trató de ofrecer resistencia, sacó la pistola, y él no tuvo otra salida que dejarle seco en el sitio. Lo sorprendente es que la noticia de este suceso se publicó con la coletilla de que Eddie Crozer sabía algo del atraco de Pasadena y le buscabais para interrogarle.

El teniente comía, pero no era ya la comida lo que reclamaba su atención.

—¿Por qué te parece eso sorprendente?

—Porque el atraco tuvo que ser obra de una banda local. ¿Qué demonio podía saber Crozer, quien no sólo residía y operaba en San Francisco, sino que su radio de acción se limitaba al *bookie* y al chantaje? Quienes le conocieron bien aseguran que jamás se hubiera embarcado en semejante aventura. Sus negocios eran prósperos, su reputación excelente, tenía en sus manos hilos eficaces. ¿Para qué mezclarse en un atraco en Pasadena? Y si no se mezcló, si lo que pasaba era que poseía informes indirectos, si no era uno de los culpables, ¿por qué emprendió la fuga e hizo frente pistola en mano a Chambers? ¿Qué temía? ¿Qué perdía poniéndose pacíficamente en contacto con vosotros?

Johnny Amila tosió como si se hubiera atragantado. Sus ojos perforaban a Ernie.

—Espera, espera… ¿Qué tienes tú que ver con ese asunto? ¿De dónde te descuelgas ahora?

—Luego te contaré. Dime, ¿es cierto o falso que existió una relación entre el atraco y Eddie Crozer?

—Realmente, Ernie…

—¿Es cierto o falso?

El teniente bebió un sorbo de leche y se limpió los labios con una servilleta de papel.

—Es falso.

Ernie apretó instintivamente los puños.

—No puedo comprenderlo. No me explico lo que sucedió con Crozer. A no ser…

—¿Qué? —preguntó suavemente el policía.

—Que su muerte fuera consecuencia de una cuestión personal entre él y Chambers, y que vosotros os movilizarais para tapar el escándalo contando a los periodistas una historia que tenía además la ventaja de disimular vuestro fracaso en el caso de la *Rosen Company*.

—No. Había orden general de encontrar a Eddie Crozer.

—¿Por qué razón le buscabais entonces, Johnny?

El rostro de Amila era una máscara impasible.

—¿Quieres la verdad? ¿La pura verdad?

—Naturalmente.

—Pues no lo sé. Y sospecho que lo sabían muy pocas personas. Te soy franco, Ernie: el caso de Crozer fue lo más retorcido con que he tropezado en mi carrera. Pero es cierto que no tuvo relación con el atraco. La orden de publicarlo así llegó sin justificaciones.

—¡Eso es ridículo!

—Yo no lo veo ridículo.

—Atiéndeme. Ese Chambers… Le conocí personalmente. Coincidimos en lo del niño
O'Rourke
y en otras ocasiones. Me pareció un tipo llano, recto, honesto y corto de alcance. Sin embargo, abandonó la Policía del Estado inmediatamente después de haber matado a Crozer, y antes de tres meses vivía como un ricachón. Fíjate, Johnny. Aparte lo peligroso que Eddie Crozer pudiera haber sido para ciertas personas, todos los indicios señalan que escapó de San Francisco llevando consigo una fortuna, de la que no se encontró el menor rastro. Nadie vio el capitán Chambers cuando le mataba…

Una sonrisa glacial había asomado a los labios del teniente. Éste había dejado de comer, pero no demostraba sorpresa.

—Es admirable la inclinación de la gente a pensar siempre lo peor —comentó con una sombra de sarcasmo—. Creo que no hubo hace dos años en California un solo policía a quien no se le ocurriese la idea que acabas de insinuarme. Bien, Ernie. La idea, en una ocasión, la expuso el sargento Petrazzini en voz alta. Se hallaban presentes varias personas y todas acogieron la insinuación con malévolas sonrisas, excepto una. Esta persona enrojeció de cólera, estalló, y le dijo a Petrazzini y nos dijo a los demás que Eddie Crozer era una bestia homicida, que Chambers se le había enfrentado arriesgando la vida en cumplimiento de una difícil misión y que cualquier hombre tenía el derecho de ser recompensado en la medida de sus méritos. Dijo recompensado, Ernie. Dijo también que era una vileza emitir juicios sobre la conducta de un heroico oficial desde el punto de vista de una rata. Dijo heroico oficial y dijo rata. Fue un momento penoso, especialmente para el sargento. Yo salí en su defensa. Su punto de vista no era el de una rata, sino, a lo sumo, el de alguien insuficientemente informado. No se nos podía pedir que

respetáramos a Chambers si ni siquiera sabíamos lo que había hecho en realidad. ¿Respuesta? El capitán Chambers había cumplido con su deber. ¿En qué consistía su deber? ¡Amigo! Ciertas cosas no pueden divulgarse…

—¿Qué significa todo ese lío?

—Regístrame.

—¿Quieres decir que Chambers fue deliberadamente al encuentro de Eddie Crozer, solo, en cumplimiento de una misión, quizá con órdenes precisas de matarle? ¿Que fue recompensado en dinero por ello? ¿Que esa misión era secreta? ¡Jesús, Johnny!

¿Os dedicáis al melodrama en el Departamento Central?

Amila se encogió de hombros y tanteó con el cuchillo las chuletas.

—Quiero decir lo que he dicho. Y lo único que puedo añadir es que este asunto me irrita los nervios.

—¿Quién era la persona que se enfureció por la observación de Petrazzini?

—El capitán Roberts.

—¿Roberts? ¿Uno calvo, de ojos negros y voz chillona?

—Sí.

—Mala suerte —gruñó Ernie.

CAPÍTULO IX

El teniente reía en silencio, sin alegría.

—Lo siento, muchacho. No me estoy burlando de ti, aunque lo parece. Esa persona fue el capitán Roberts. Como sabes, Charlie Roberts falleció hace cosa de un año de un ataque cardíaco.

—El conocía el secreto de la muerte de Crozer y el enriquecimiento de Chambers; de lo contrario no habría dicho esas cosas sobre misiones y deberes. ¡Ha muerto y no puede hablar! —Ernie chasqueó los dedos para llamar a la camarera—. ¿Pero quién más lo conocía, Johnny? ¿Quién más?

—En el Departamento, nadie.

La camarera preguntó:

—¿Otro café?

—Sí, otro… ¿Nadie más? ¿Estás seguro?

—Hablo por lo que sé.

—Es catastrófico.

—Lo será para ti. Chambers y sus misiones secretas nos tienen a todos absolutamente sin cuidado, más sin cuidado desde la semana pasada, cuando el capitán se despeñó en Collarito Range. Tu pregunta queda contestada. ¿Había una relación, como se dijo, entre Eddie Crozer, a quien mató Chambers, y el atraco a la «Rosen Company»? No, no la había. Muerto Crozer, el capitán Roberts inventó esa historia: buscábamos al «bookmaker» para interrogarle sobre el atraco. Se notificó a los periodistas, y fue el primer paso para conseguir que lo de Pasadena cayera poco a poco en el olvido.

—¿No ha habido manera de averiguar quién dio el golpe?

—No, Ernie. Ya sabes lo que son estas cosas. Sospechas que no se confirman, pistas que no conducen a ninguna parte, un período de trabajo intenso, y luego otros asuntos surgen imperiosos y el caso va acumulando polvo en la carpeta. Algún día una delación nos dará inesperadamente la clave, o saldrá la verdad en el curso de un

interrogatorio sobre otro delito. Casi siempre ocurre así. Los crímenes cometidos por profesionales terminan por descubrirse tarde o temprano.

La camarera colocó ante Ernie una nueva taza de café.

—Johnny, escúchame. —El detective, pensativo, ceñudo, removió con la cucharilla el contenido de la taza—. En cierto modo voy a traicionar la confianza de un cliente, pero no puedo seguir hundiéndome sólo en este caos. La sobrina de Chambers me ha contratado para que descubra al asesino o asesinos de su tío… Sí, asesinos es lo que dice; no pongas esa cara. Su teoría es que Chambers mató a Eddie Crozer para cerrarle la boca y proteger a los responsables del atraco a Pasadena. Una vez muerto le vació los bolsillos, y esto, sumado a lo que le pagaron por el trabajo, le enriqueció. Ahora había ocurrido algo, hace mes y medio, con ocasión de un viaje de Chambers al Este, que asustó al excapitán. Quizá estaba a punto de cantar lo que sabía. Sus antiguos cómplices se lo han cargado llevándole a Collarito Range y simulando un accidente. Tres días antes le habían acribillado el coche: un atentado que se frustró.

El teniente comía.

—Es un cuento de hadas.

—Lo es, en parte. No existe relación entre Crozer y el atraco, y John Chambers no es el traidor, el asesino y el oportunista sin escrúpulos que su sobrina teme. En cambio, debe de ser cierto que a Chambers le tirotearon, que estaba asustado o preocupado, que había un misterio en su vida. La chica ha olido a chamusquina, pero no sabe dónde está el fuego. Y lo que me inquieta es la perspectiva de descubrir un incendio demasiado grande…

—Cobrando en proporción…

—No hemos hablado todavía de honorarios.

—¡Oh!, lo comprendo —dijo Amila, sardónico—. Vi la semana pasada a esa chica, con motivo de la muerte de Chambers. Uno no habla de honorarios con ella.

Ernie sorbía su café. Fingió ignorar la observación.

—¿Te dice algo el nombre de Doris Jones?

—No.

—Doris Jones, de Santa Bárbara, Springflower Close.

—No.

—Johnny, te lo ruego, haz algo por mí… El asunto tiene que interesarte. Chambers puede haber muerto asesinado, a fin de cuentas. Hay un fondo turbio en todo esto…

El teniente mondaba una naranja. Cuando hubo terminado la operación cortó cuidadosamente la fruta. Luego se volvió a Ernie, le apoyó una mano en el hombro y le miró a los ojos, gravemente, con sus serenas pupilas grises.

—Haré una sola cosa —replicó—. Hasta ahora te he escuchado sin dar mi opinión, ni como amigo ni como policía. Pero voy a aconsejarte que abandones el caso inmediatamente y te olvides de John Chambers y su historia. Con una advertencia: si no sigues mi consejo de amigo, como policía te lo ordenaré.

Ernie sostuvo su mirada.

—No comprendo.

—No necesitas comprender.

—Johnny, tú sabes algo que no quieres decirme.

—Tengo una corazonada. Sin embargo, todo cuanto sospecho de ese asunto lo sospecho como policía, y no quiero ni puedo decírtelo. Está absolutamente por encima de mi responsabilidad.

—¿Pretendes asustarme?

—Pues sí —asintió Amila, con calma—. Me gustaría asustarte. Ojalá lo consiguiera.

Y se metió el primer trozo de naranja en la boca.

CAPÍTULO X

El mar. Unos cipreses de apariencia vagamente romana, y el mar detrás. A la derecha, en el edificio de tres pisos que dominaba la manzana, un rótulo vertical ascendía desde el dintel de la puerta al tejado, sus letras rojas componiendo las palabras: «The Santa Barbara Chronicle». En un escaparate de la planta baja, fijadas en grandes tableros, había páginas del periódico y fotografías de relativa actualidad.

Ernie entró. Entre las ventanillas del vestíbulo, una estaba marcada: «Información». Por ella se veía la cabeza de una rubia de sonrisa vacua.

—Querría hablar con Vic Fuller.

La rubia lanzó una mirada maquinal al reloj eléctrico empotrado en la pared.

—Veré si ha llegado. —Manipuló las clavijas de una centralilla telefónica—. ¿Su nombre, por favor?

—Ernie Fisher. Dígale que soy amigo de Alan Sterling, de Los Ángeles.

La muchacha obtuvo la comunicación, habló con voz gangosa, movió la cabeza afirmativamente y devolvió su atención al detective. Hizo sonar una campana de resorte.

—El botones le acompañará.

El botones había acudido. Recibió el encargo tironeándose una oreja.

Apenas cruzado el umbral de la puerta del fondo del vestíbulo se oía el monótono rumor de las linotipias y, más próximo, el cliqueteo de un teletipo. El aire olía a tinta y a papel.

Había allí una sala de espera circular. Un hombre entraba en ella por una puerta del extremo opuesto; un hombre alto, en mangas de camisa, que andaba con el cuerpo un poco torcido y mordisqueaba un lápiz.

—¿Vic Fuller?

—Sí.

El botones se retiraba.

—Soy Ernie Fisher, detective privado, de Los Ángeles. Conozco muy bien a Sterling: nacimos en el mismo pueblo y estudiamos en la misma Escuela Superior. El me ha hablado varias veces de usted. Tengo aquí pendiente una pesquisa y me he permitido molestarle para pedirle una orientación.

El periodista tendía la mano.

—¿Qué tal sigue Alan?

—Como todos: perdiendo pelo y pasando con más bostezos que eructos.

—La última vez que le vi tenía a sus tres mocosos con el catarro y a su mujer de uñas. ¿Es usted casado, y perdone la impertinencia?

—Soltero.

—¡Dios, qué suerte! —suspiró Fuller—. ¿En qué puedo servirle?

—Me dispongo a visitar a una mujer llamada Doris Jones, que vive en Springflower Close y querría, antes, saber algo de ella. Si puede usted indicarme el nombre de alguien que la conozca, o de alguien a quien preguntar por alguien que la conozca, se lo agradeceré.

Fuller sonrió tristemente.

—Parece un chiste.

—¿Por qué?

—Todo el mundo en Santa Bárbara conoce a Doris Jones. Algunos la conocen demasiado. El pasado verano fue elegida «*Miss* Bikini».

Ernie frunció los labios como para silbar.

—¿Es ese tipo?

—Con los máximos agravantes. Vaya y haga sus preguntas a las esposas y amas de casa de la ciudad; si los epítetos que oye no le sonrojan, es que tiene usted el cutis de cuero.

—¿Morena o rubia?

—Morena.

—Creo que eso me basta para abordarla. ¿Suele aparecer en letras de molde? ¿Escándalos?

—Suele. Escándalos, en efecto. ¿Quién se los va a reprochar? Ha duplicado en cinco ocasiones la tirada normal del periódico.

—¿Alguna debilidad particular?
—Los hombres.
—Gracias. ¿Quiere algo para Los Ángeles? ¿Para Alan Sterling?
—Un saludo y mi mensaje de estoica resignación.
—Se los transmitiré con gusto.
¡Los hombres! No un hombre, no un solo hombre apellidado Chambers, sino los hombres.
Bien.
Ernie recordó al abandonar el edificio del periódico: *Tú me has devuelto la juventud e iluminado mi vida… Devotamente tuyo*… Cosas que a uno le ocurrían a veces. Como restaurador de la juventud, «*Miss* Bikini» podía no ser un mal tratamiento. Por lo demás…
¿Dónde y cuándo había conocido a Doris Jones el capitán Chambers? ¿En qué fecha comenzó a renovar con ella la iluminación de su vida?
Hacía calor.
Ernie se sentó ante el volante del «Chevrolet», tomó por Broadway hasta la intersección de Independence, y luego por ésta en dirección a Springflower Close. Conocía Santa Bárbara y su playa bastante bien.
El 224 de Springflower Close era una casita sorprendentemente bella, recubiertos los muros de madreselva y buganvilia, rodeada de tupidas acacias. Dentro del jardín, en la vía de cemento que conducía al garaje, pero fuera de éste, se veía un lindo «Austin-Healey» rojo.
La cancela del jardín estaba abierta.
Ernie aparcó el coche y entró. Sus pasos hicieron crujir la grava.
La casita tenía un porche donde había sillas de lona multicolores de diversas formas y tamaños, tiestos de flores, una mesa con botellas. De una de las sillas se alzaban las espiras de humo de un cigarrillo.
Una voz femenina inquirió:
—¿Harry?
Unos pasos más revelaron al detective unas piernas delicadamente torneadas, de piel tersa y morena, firmes y bien curvadas, con chinelas rojas en los pies; luego un brazo desnudo y parte de las páginas de una revista.
—Lamento defraudarla. No soy Harry.

La mujer se levantó, sin prisa, sin alarma, sin sorpresa. El se detuvo ante los peldaños que conducían al porche.

El Jurado que la nombró «*Miss* Bikini» no había sido injusto. Vestía en aquel momento unos cortos y ajustados pantalones blancos y un esquema de blusa roja, tono idéntico al de las chinelas, que dejaba al desnudo sus brazos, sus hombros y su espalda. Se parecía a Joan Collins. Era una morena detonante, tropical, volcánica. Con aquel atuendo, una explosión, un estallido; en bikini, probablemente un cataclismo geológico. Tenía los pómulos altos, los ojos de un color entre pardo y verde, y la boca húmeda y carnosa, ávida, alegre y un poco perversa.

—¿Vende usted algo? —preguntó.

—¿Y usted? —replicó Ernie.

—Oiga…

—Me llamo Ernie Fisher, de Los Ángeles. He venido a Santa Bárbara con el exclusivo propósito de hacerle una visita.

Ella titubeaba, expectante, ingenua.

—No sé… Me dan mala espina las visitas inesperadas. Pero suba, no se quede ahí. Tome asiento. Si trae malas noticias, prefiero que las suelte de una vez.

El ascendió calmosamente los peldaños del porche y acondicionó una de las sillas de lona. La proximidad de la mujer halagaba sus sentidos como un bálsamo.

Doris Jones arrojó el cigarrillo que tenía entre los dedos, apartó la revista y se sentó donde estaba antes. El detective la estudiaba con atención. En el silencio la notaba perpleja, pero no molesta; curiosa, pero no enojada. El brillo de sus ojos y el esbozo de sonrisa de sus tentadores labios expresaban a las claras que le había causado una impresión favorable.

Un tratamiento restaurador de la juventud y un sistema de alumbrado para la vida. ¡Cielos! ¿Qué clase de hombre fue John Chambers? Devotamente suyo. Tiernas y nostálgicas cartas a su querida «*Miss* Bikini».

—¿Lee usted periódicos, señorita Jones?

Doris analizó mentalmente la pregunta. Concluyó por responder:

—No sé lo que quiere decir. —Y añadió, con franqueza—: Es usted raro… Un tipo raro. Tendré que pedirle…

—Los periódicos hablaron el pasado fin de semana de un

accidente de automóvil ocurrido la noche del viernes al sábado en Collarito Range.

—¡Oh!

—¿Está enterada?

—¿Se refiere al señor Chambers?

—Sí.

—¡No me habrá nombrado su heredera! Ahora me doy cuenta de que parece usted un abogado o algo así… ¡Sería estupendo! ¡Sería como para perdonárselo todo al viejo! ¿Cuál ha dicho usted que era su nombre, amigo?

—Ernie Fisher.

Sin alzarse de la silla, perezosamente, Doris tendió el brazo hacia las botellas de la mesa.

—¿Un trago, Ernie? ¿«Scotch» o «*bourbon*»?

—«Scotch». Hielo y basta.

Ella preparó dos vasos. Se sentía ya a sus anchas y cuidaba de que su actitud lo demostrase. La sonrisa con que tendió la bebida al detective estaba llena de cordialidad.

El dijo:

—Naturalmente, ni soy abogado ni Chambers la ha nombrado su heredera. La vida no es siempre un pastel de natillas.

La mujer se quedó impertérrita. Su sonrisa se acentuó.

—Ya sé que no. No se preocupe. ¿Para qué iba a dejarme ese tío ni un centavo? Lo decía por bromear. Una es optimista por temperamento.

—Sus palabras me han sorprendido.

—¿De veras? No parece usted el tipo que se sorprende con facilidad.

—Me refiero a su frase de que sería como para perdonárselo todo al viejo. No sabía que tuviera usted cosas que perdonarle a Chambers.

CAPÍTULO XI

Doris, la boca entreabierta, hacía tintinear el borde del vaso contra sus blancos y brillantes dientes.

—¿Qué es lo que sabe y lo que no sabe usted, querido? Viene, me saluda, dice su nombre y se sienta ahí como un sultán a beberse mi mejor *whisky*. ¡Oh, no crea que me estorba! Todo lo contrario. Hay personas con las que una comprende en cuanto las ve por primera vez que va a congeniar, y usted es una de ellas. Hable del tiempo, si quiere. Pero me sentiré más tranquila si, antes, me dice qué demonio es lo que le ha traído.

Ernie la examinó con renovado interés. Aunque no lo hubiera jurado, creía advertir en la mujer un disfraz, una máscara. Ella no era tan elemental, directa y estúpida como parecía. Utilizaba su espectacular anatomía y su femineidad desbordante para disimular un cerebro despierto; y probablemente, llegada la ocasión, sabía utilizarlas para más concretos propósitos. Ésta era la verdad que estaba oculta tras lo que Vic Fuller y otros incautos tomaban por inclinación hacia los hombres: inclinación, en todo caso, hacia lo que de los hombres podía obtenerse.

¿Devolverle la juventud a alguien e iluminar su vida?

Bien… Si la fugaz impresión era exacta, las relaciones entre el difunto Chambers y Doris Jones, alias «*Miss* Bikini», darían mucho, muchísimo juego.

Fugaz impresión.

Doris correspondía ahora a la del detective con una cándida y ardiente mirada.

—El día de su muerte, y en parte también durante los anteriores —dijo él—. John Chambers se condujo de manera rara. Algo le tenía inquieto, preocupado. No salía a la calle. Aquel día, de pronto, sin avisar, sin comunicar a nadie sus intenciones, tomó el coche y se largó de la ciudad. Lo primero que se supo de él, a la mañana

siguiente, fue que se había despeñado en un lugar tan remoto y absurdo como Collarito Range, que está al oeste de Fresno, en la ruta de Nevada por el valle de Yosemite. Nada se le había perdido allí. No se ha podido averiguar a dónde iba ni por qué se marchó, como tampoco el motivo de su extraña actitud en los días precedentes. Llevaba al parecer una vida metódica, sin problemas, y sus asuntos personales estaban en orden. No obstante, el accidente que le causó la muerte se halla envuelto en misteriosas circunstancias que convendría aclarar.

La mujer había escuchado bebiendo a pequeños sorbos. Preguntó en tono ingenuo:

—¿Por qué convendría aclararlas, querido?

—Porque su sobrina y heredera lo desea así.

—¿Y quién es usted?

—Un investigador privado.

Doris soltó una risita.

—¡Qué apasionante! Otro detective estuvo rondándome el año pasado. Le pagaba un tío que se interesaba por mí, uno de San Luis Obispo que tenía un negocio de transportes y quería un informe sobre mi vida privada. Pasamos muy buenos ratos juntos, el detective y yo, pero no se parecía a usted, ¡qué va! Era más bajo, más viejo, y no tenía esa cosa que usted tiene… Ernie, ¿es usted casado? Apuesto a que…

—Soy casado —dijo Ernie—. Nueve hijos, y el décimo a punto de llegar. Adoro el hogar y la familia.

La mujer le miró con desconfianza.

—Querido, ni aunque me lo jurase, me lo creería. Lo único que me enseñó mi madre, porque era lo único que ella sabía, fue a conocer a los hombres.

—¿Le disgustaría que, en lugar de mí, habláramos de Chambers?

—Sí, Ernie, claro que me disgustaría… Ese tío era un fresco, un viejo sinvergüenza, un aprovechado, y, además, la diñó hace una semana. Dejémosle en paz; luego podrá contarle a su sobrina cualquier historia, como hizo el otro con el de San Luis Obispo. Usted me interesa.

—¿Estuvo Chambers aquí el pasado viernes?

—¡Claro que no! Oiga…

—¿Cuándo le vio por última vez?

Doris hizo un gesto de burlona desesperación.

—¿Esto es necesario?

—Imprescindible.

—¡Dios mío, Ernie, qué cabezotas pueden ser los hombres! Al viejo no le había visto hará, qué sé yo, dos semanas o más.

—¿Desde cuándo le conocía?

—Desde hace un mes; digo, no, desde un mes antes de que la palmase.

—¿Tan poco tiempo?

—¿Pues qué se figura usted, querido?

—A juzgar por la devoción que él le profesaba, creí que existía entre ustedes una antigua amistad.

—¿Devoción? —exclamó la mujer—. ¿Devoción el viejo Chambers? Ésta sí que es buena. A cualquier cosa se la Llama devoción.

—¿No era eso?

—No me haga usted reír, Ernie. Ese tío era un pelmazo vanidoso que no se profesaba devoción más que a sí mismo. Para él, las mujeres teníamos que arrastrarnos a sus pies cada vez que abría la boca y lanzaba una de sus frases rimbombantes. ¡Canastos! Había que verle, el vejestorio asqueroso, con su barrigón y sus arrugas, presumiendo de conquistador… ¿Quiere saberlo? ¡Mire! ¿Ve usted este vaso? Lo bebo para celebrar que nunca más volveré a tropezármelo en mi camino.

Ernie la contempló mientras bebía, golosos los labios, palpitante la garganta al paso del líquido. Reflexionaba: *En estos momentos críticos para mí es tu recuerdo lo que me sostiene.*

Momentos críticos. Muy bien.

—Doris, usted no me ha preguntado cómo sé que conocía a Chambers.

—Se lo habrán dicho.

—¿Quién?

—Cualquiera. —El vaso estaba vacío. Doris lo depositó sobre la mesa y, cuando tomó una servilleta de papel para secarse los labios, observó Ernie que el rojo no la manchaba—. Imagino al tío fanfarroneando de sus conquistas por Los Ángeles, contando a toda la ciudad que las mujeres le corríamos detrás en bandada. Supongo que yo era una de la serie. Como propaganda no estoy mal: los

periódicos suelen hablar de mí. A propósito, ¿quiere ver los recortes? Algunas de las fotos tienen miga…

El detective movió la mano.

—Déjelo. Me ruborizo con facilidad. ¿Ha dicho usted antes que conocía a los hombres?

—Puedo demostrárselo.

—Está demostrándome lo contrario, muñeca. Yo había tratado a John Chambers. Era un exoficial de Policía, un tipo sereno, con sentido del humor, honrado, franco y desprovisto de fantasía; exactamente al revés de como usted le describe.

Doris se encogió de hombros.

—Sería así con los otros hombres. El mundo de los hombres y el de las mujeres parecen ser uno mismo, y sin embargo, nunca concuerdan. ¿Sabía usted esto?

—Lo sé. Conozco a las mujeres.

—Sí que las conoce, Ernie —dijo ella, con calor—. Seguro que sí, y además no presume. Se le nota. Es usted un tipo formidable. Me gustaría que…

—No hablábamos de eso.

—¡Dichoso Chambers!

—Quiero saber dónde le conoció, cuándo, qué hubo entre ustedes, cuántas veces se vieron —replicó Ernie, con suave firmeza —. Lo siento, pero es necesario. Yo no soy un detective como los demás; por lo menos mientras se trata de cumplir con mi obligación.

—¿Y después de haberla cumplido?

—Entonces suele haber sorpresas. Vamos, encanto, no me haga malgastar saliva. ¿Cuándo y dónde conoció a Chambers?

—Conforme, esperaré las sorpresas —dijo ella, con una sonrisa insinuante. Se desperezó voluptuosamente y tendió la mano hacia la mesa para tomar un cigarrillo—. A Chambers le conocí en Hollywood, una noche, durante una fiesta en casa de Vera Millar. Un amigo mío me llevó; uno que es figurinista y que había intervenido en la última película de Vera: «Soplo de fuego». Aquella noche celebraban el final del rodaje. ¡Canastos, Ernie! He asistido a docenas de fiestas parecidas, pero nunca vi cosa igual. Dicen que Vera Millar está loca, no lo sé. Pierde la cabeza. El delirio. Puede que sea porque ha triunfado demasiado pronto… Bueno, nunca me

había divertido tanto, la verdad.

—¿Chambers estaba allí? —preguntó Ernie, incrédulo.

—Claro que estaba. Antes de una hora, Davy, mi amigo, dormía debajo de una mesa, y Chambers se ocupó de mí. No recuerdo quién nos presentó; probablemente nadie. Reconozco que aquella noche me cayó simpático. Sería el alcohol… Me puse perdida, pero es que no había otro remedio. ¡Cualquiera sabe cómo acabó el festival! Desperté aquí. Chambers me había traído en su coche. Luego vino muchas veces, infinidad de veces. Protector. Como si una le debiera la vida… Ya sin alcohol era todo distinto, Ernie. Al principio me resigné a bostezar. Después le hubiera metido un almohadón en la boca para que callase y le hubiera obligado a pasear por las calles vestido de mamarracho para que todos se rieran de él. Pero creo que ni siquiera así se hubiese dado cuenta de las cosas. No captaba las insinuaciones ni aunque una se las arrojara a la cara. Tenía un cerebro como un adoquín, la sensibilidad de un hipopótamo y el corazón de una colegiala de la época de mi bisabuela, pero con la desvergüenza y la fanfarronería que no puede tener más que un viejo verde. Mire, querido, digan lo que digan, yo no puedo sufrir a los viejos. Sólo la manera como me miran ya me da no sé qué.

CAPÍTULO XII

—John Chambers no era, precisamente, viejo —objetó el detective.

—Para mí, una momia antediluviana.

—¿Y qué pasó? ¿Terminó usted despachándole?

—¡Despacharle! No hay sordo más sordo que el que no quiere oír. No, Ernie, me marché a Las Vegas, donde tenía un contrato pendiente, y no le dije una palabra. Un amigo me llevó en su coche.

—Usted tiene amigos para todo.

—Diga que tengo demasiados y acertará. —Doris se tumbó de costado en la silla de lona para dar frente a Ernie—. Con uno solo, uno verdadero, un hombre que supiera comprenderme y gobernarme sin hacerme sentir su autoridad, me consideraría satisfecha. A veces pienso que nunca he sido realmente feliz. Por ejemplo…

—¿En qué consistía ese contrato de Las Vegas? —cortó apaciblemente el detective.

—Una serie de fotos para un estudio publicitario. Soy modelo, ¿no lo sabía? Diplomada en la «Hiller School», de Hollywood.

—¿Por qué reside en Santa Bárbara?

—Porque me gusta. Viví algún tiempo cuando era niña, y siempre he soñado con volver. Invertí en esta casa los primeros billetes sobrantes.

Ernie señaló por encima del hombro en dirección al «MG» que se encontraba ante el garaje.

—Y los segundos en ese juguete.

—Se equivoca. El coche fue un regalo.

—Un buen regalo. —El detective apartó la mirada de la mujer para fijarla en su vaso de *whisky*—. Así que se marchó a Las Vegas y no le dijo a Chambers una palabra. ¿Cuándo regresó?

—¡Oh, por favor! ¿Tenemos que seguir hablando de eso?

—¿Cuándo regresó usted, muñeca?

—El sábado.

—¿El pasado sábado?

—Sí.

—¿Cómo sabe entonces que Chambers no vino a Santa Bárbara el viernes?

Doris enarcó las cejas.

—¿Para qué iba a venir si yo no estaba?

—¿Había alguien en esta casa durante su ausencia?

—Nadie. Vivo sola.

Ernie se metió la mano en el bolsillo y sacó unos papeles. Eligió uno. Lo tendió a la mujer.

Ella lo cogió mirándole interrogativamente. Luego miró el papel y comenzó a leer en voz alta lo que en aquél estaba escrito:

—*Querida Doris, tres veces he intentado llamarte por teléfono…*

Se interrumpió. Terminó en silencio la lectura.

—¿Qué? —preguntó el detective.

—Ya ve. —Se había quedado pensativa—. Nadie escribe del mismo modo que habla. Me echaba de menos, mi recuerdo le sostenía, necesitaba estar a mi lado, se declaraba devotamente mío. Sólo los viejos ponen en una carta semejantes tonterías.

—Pero menciona que vivía momentos críticos. ¿Qué momentos, Doris?

—¿A mí me lo pregunta? Le dolerían las tripas o algo parecido, ¡qué sé yo! Achaques, tonterías, nimiedades.

—Muñeca, repito que John Chambers no era un viejo.

—Y yo repito…

—Está bien. Esa carta fue escrita por Chambers el día de su muerte, viernes; quedó sobre su mesa, sin echar al correo, y su sobrina la descubrió después. Es imposible, dado el interés que por usted demostraba, que él la olvidase. No pudo ocurrir más que una cosa: tras haber intentado sin éxito llamarla por teléfono, tras haber escrito la carta, Chambers resolvió súbitamente venir a Santa Bárbara y salir de dudas. Partió sin equipaje, vino aquí y no la encontró. ¿Alguien sabía que estaba usted en Las Vegas?

—No.

—Piénselo, Doris. Es muy importante.

Hubo un silencio.

La mujer, con movimientos perezosos, dio media vuelta en la silla y se puso en pie. Colocó las manos en su cintura y echó los codos atrás como para desentumecer la espalda, haciendo que su soberbia figura resaltase rasgo por rasgo. Miró de reojo a Ernie. Cuando se inclinó sobre la mesa para recoger el cigarrillo que había dejado en un cenicero junto a las botellas, sus labios insinuaban un mohín de burla.

—Lo sabía mi jardinero. Viene una vez por semana.

—¿Los viernes?

—Los martes.

—¿Chambers le conocía? ¿Pudo preguntárselo?

—Le había visto algunas veces. —Doris fumaba, en pie, erguida, alta la cabeza—. Adivino lo que va a pedirme, Ernie, y creo que si lo hace empezaré a detestarle. Quiere que localice a Williams, el jardinero, para averiguar si el pasado viernes le dijo a Chambers que yo estaba en Las Vegas.

—Exactamente.

—Es usted odioso…

—Muy bien. ¿Dónde encontraremos a ese hombre?

Sin responder, con gesto resignado, la mujer abandonó el porche y se adentró en la casa. Regresó a los pocos momentos con un cuaderno de direcciones y un teléfono portátil, que conectó en la toma correspondiente. Levantó el aparato, abrió el cuaderno por la página marcada con una W y marcó un número.

—Necesito hablar con el señor Williams… Sí, lo supongo. Doris Janes. ¿Dónde? Lo sé, lo sé, gracias… Muchas gracias. —Cortó, consultó un nuevo número y volvió a marcar—. Por favor, ¿quiere usted avisar a Williams? Sí, claro, el jardinero. Muy amable.

Ernie reía en silencio.

—Su sueño dorado.

Ella cubrió la boquilla con la mano.

—¿Qué dice?

—El amigo que sepa comprenderla y gobernarla sin hacerle sentir su autoridad. Confiese que ha estado a punto de ponerme por ejemplo a mí cuando hablaba de él. Esto puede servir de ensayo.

—Serviría sí… ¡Oh, Williams! Soy Doris Jones… No, nada de particular. El martes, cuando vino usted, no me dijo si alguien le había preguntado por mí durante mi ausencia. Quisiera… Sí, muy

bien, le escucho. —Los ojos pardo-verdosos de la mujer se clavaron en Ernie mientras duró la larga pausa—. ¿Qué día? Comprendido. No, no hizo usted mal… Nada más, Williams. Hasta el martes.

El detective se llevó a los labios el vaso de *whisky*. Bebió. Dijo, cuando ya Doris abandonaba el teléfono:

—Chambers habló con él.

—Sí.

—Supo que estaba usted en Las Vegas.

—Vino aquí y no encontró a nadie. Se retiraba cuando, en una calle próxima, vio a Williams podando el seto de un jardín, y le reconoció. Una propina de cinco dólares. Williams le informó, efectivamente, de que yo me había marchado a Las Vegas y de que ignoraba cuándo iba a regresar. Era el viernes por la tarde. El pobre Williams conocía a Chambers de vista, pero ignora su nombre.

Ernie contempló su vaso ya vacío. Fruncía el entrecejo. Se alzó de la silla, dejó el vaso en la mesa y se enderezó ante Doris.

—Se lo agradezco sinceramente.

—¿Me agradece qué?

—Su colaboración. Esto desvanece una parte considerable del misterio. Chambers no se proponía sino venir a Santa Bárbara cuando salió de su casa, por lo cual no se molestó en tomar equipaje. Probablemente se hallaba deprimido, inquieto, preocupado; la necesitaba de verdad a usted, como uno necesita una dosis masiva de vitaminas en las épocas negras. Lo único que se le ocurrió después de hablar con Williams fue seguirla a Las Vegas sin regresar primero a Los Ángeles. Eligió la ruta de Fresno y el valle de Yosemite. Sin duda proyectaba explicar su ausencia mediante una llamada telefónica a su sobrina, una vez llegado a término. No llegó porque se despeñó en Collarito Range. Está bien claro, creo yo.

Doris no demostraba gran interés.

—¿Satisfecho?

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero no lo estoy. Descuide, no es culpa suya.

¿De quién era culpa?

El había conocido a Chambers y guardaba del excapitán un recuerdo preciso. ¿Y bien? Aquel recuerdo no coincidía con el

retrato que de su tío le había hecho Sonia Hunch, ni con lo que el teniente Amila le había dicho y dado a entender, ni tampoco con lo que ahora le contaba Doris Jones. Más aún, los cuadros trazados respectivamente por Sonia, el teniente y Doris eran incongruentes entre sí.

¿Quién tenía la culpa?

¿Acaso el propio Chambers?

El misterio semejaba diluirse poco a poco, como un terrón de azúcar en un vaso de agua, y sin embargo era sólo para que nuevas incógnitas ocuparan el lugar de las antiguas. No hubo relación entre Eddie Crozer y el atraco a los pagadores de la «Rosen Company» en Pasadena: lo afirmaban Jerry Latham y el teniente Amila, y ambos podían saberlo bien. Chambers no fue un policía corrupto, no fue un traidor ni un asesino, no mató al «bookmaker» para encubrir otro crimen. Parecía evidente, en fin, que el excapitán no había muerto asesinado, y su presencia en Collarito Range tenía una explicación hasta cierto punto lógica en su deseo de reunirse cuanto antes con Doris Jones. Uno hubiera creído que la melodramática historia de Sonia se desmoronaba por su base.

¿Pero era realmente así?

¿Qué había ocurrido dos años y pico antes, cuando se dictó la misteriosa orden de detención contra Eddie Crozer? ¡Primera incógnita! ¿Cuál era la presunta misión secreta del capitán Chambers? ¿Dónde y por qué se enriqueció éste? ¿A qué se debían sus posteriores cambios de carácter y costumbres, y a qué la franca alarma que demostró, según Sonia, desde su último viaje al Este hasta su muerte en Collarito Range? ¿Quién y por qué habían disparado contra su coche? ¿Cómo un hombre de los hábitos y el temperamento de Chambers asistió a la disparatada orgía estilo Hollywood, donde se inició su amistad con «*Miss* Bikini»? ¿Qué significaba esta amistad? ¿Era realmente el antiguo policía, en su última época, el viejo verde, pelmazo, fanfarrón y sinvergüenza que Doris había descrito?

¿Estaba loco?

¿No sabía Sonia Hunch una palabra de esto?

—¡Eh! —exclamó la mujer. Chasqueaba los dedos—. ¡Eh, regrese a este mundo! ¿Se ha dormido?

CAPÍTULO XIII

Ernie la miró casi sin verla.

—Reflexionaba.

—¡Vamos! Otro trago le animará un poco…

Lo que siguió pareció natural. Pareció espontáneo.

Ernie supo en su fuero interno que no lo era.

¿Y qué?

Doris avanzó hacia la mesa de las botellas pasando entre él y la silla de lona. Tropezó con ésta y perdió, o semejó perder, el equilibrio. Ernie, instintivamente, la sostuvo.

Fue así como la encontró entre sus brazos.

Una explosión, un estallido.

La boca perversa.

Cuando las manos acariciaron su nuca se abandonó ciegamente a la tumultuosa corriente de vida que pugnaba por arrastrarle. Experimentó dentro de sí una sensación de vacío luminoso. La mente en torbellino. Vértigo. La absoluta evasión.

El tiempo ya no existía.

—Ernie…

¿Cuánto había durado?

Doris estaba ahora a dos pasos de él, medio vuelta de espaldas, respirando agitadamente. Ernie hizo un esfuerzo por serenarse. Se pasó el dorso de la mano por los labios, donde el beso había dejado su ardiente y temblorosa huella; y de pronto, al retirarla y observar que no había en ella rastros de rojo, recordó haber reparado en el mismo detalle cuando Doris utilizó una servilleta de papel. Esta idea banal le devolvió el dominio de sí mismo.

Dijo a media voz:

—Quizá será mejor que el trago que me ofreciste lo bebamos ambos.

Otra voz dijo a su espalda:

—Quizá será mejor que no se mueva.

Doris lanzó un grito ahogado.

Ernie se volvió.

Había un hombre al pie de los peldaños del porche, contemplándole con los brazos en jarras, el rostro encendido de sonrojo, en las pupilas un fulgor salvaje. Era joven, alto y bien parecido; rubio, atlético, muy pulcro en sus bien planchados pantalones grises, su cazadora de gabardina color castaño y su deportiva camisa blanca.

—Demasiado amigos, paloma articuló el detective fríamente. —Sospecho que tenía usted razón.

El intruso exclamó:

—¿Quién es este tipo?

—Harry, yo te lo explicaré dijo Doris, compungida. —Tranquilízate. No hay nada de lo que supones…

—Estábamos esperándole declaró Ernie. Harry era el nombre que la mujer había pronunciado a su llegada, antes de verle. —De un modo u otro, hay que matar el tiempo, ¿no cree usted? Pero no se quede ahí… Suba y echará un trago con nosotros.

—¡Ernie, por favor! —suplicó ella.

El sonrojo del hombre se había acentuado. Ernie comprendió que estaba llegando al límite de su aguante, y en el mismo momento el desconocido salvó de un salto los peldaños del porche y se precipitó contra él.

—¡No! —chilló Doris.

El detective esquivó un puño, cortó la trayectoria del otro con el antebrazo izquierdo. Su mano derecha salió disparada con un movimiento de sacudida y golpeó al rubio en la base del cuello. Cuando el hombre se encogió, un hábil golpe de derecha volvió a enderezarle. El dolor le hizo lanzar una imprecación. Atacó a puntapiés. Ernie se apartó a un lado, capturó uno de sus brazos y tiró con violencia. El rubio perdió el equilibrio. Un hachazo fulminante le derribó al suelo sin conocimiento, arrastrando en su caída una de las sillas de lona, la mesa, las botellas, el cenicero, el tabaco. Todo ello, más el hombre, formó en el centro del porche un confuso montón del cual comenzó a manar en regueros el contenido de las botellas rotas.

Ernie se acarició pensativo el canto de la mano.

—Lamento el estropicio, muñeca.

Pero Doris no se percataba del estropicio. Le miraba con excitación.

—¿Has, has podido con él? ¡Ernie, querido! ¿Has podido con él sin que ni siquiera te haya tocado un pelo?

—¿Quién es este infeliz?

—Se llama Harry Griggs; ya lo ves, un presumido. ¡Oh, Ernie, qué maravilla! ¿Pero por qué pensarán todos que tienen derecho sobre mi persona?

—Quizá porque tú se los concedes —dijo el detective.

La cartera del rubio había escapado del bolsillo de su cazadora en la caída, y un reguero de licor comenzaba a mojarla. Ernie se agachó y la recogió.

—¿Yo conceder derechos? —preguntó Doris, con vehemencia—. ¿Yo? ¡Madre mía! Si ni siquiera…

—Veintiséis años. —Ernie examinaba los documentos de Griggs —. ¿Es aviador?

—Eso dice. Pero yo nunca…

—Piloto militar. Teniente Henry Robinson Griggs, con destino en el Campo Experimental de Tularee Bay. —El detective guardó los papeles y se agachó de nuevo para devolver la cartera al bolsillo del hombre—. He oído hablar con frecuencia de ese campo. Está al norte de aquí, a corta distancia.

—No lo sé. Escúchame, Ernie.

—Con una base aérea en la vecindad —añadió él, sonriendo— no deben de faltar en Santa Bárbara los muchachos presumidos que creen tener derechos adquiridos sobre tu persona. Empiezo a explicarme tu sobreabundancia de amigos, Doris. —Tocó con el pie al inconsciente aviador—. Guapo chico, este Harry Griggs; y no precisamente uno de esos viejos verdes que dan no sé qué cuando te miran.

—¡Búrlate!

El piloto se movió y emitió un gemido.

—No me burlo —dijo Ernie—. Estoy sinceramente arrepentido de haber hecho aquí el papel de elefante en la tienda de loza. Confío en que este pobre chico se muestre razonable al despertar.

Doris se aproximó a él.

—Harry no me importa.

—Te importaba antes de aparecer yo.

—No lo niego. Pero ahora…

—Ahora, querida, le prodigarás tus amorosos cuidados y confortarás su ultrajado corazón —dijo el detective, con firmeza—. Persuádele de que soy tu primo de Nueva Orleáns a quien no habías visto en diez años. Quizá sea cierto al fin y al cabo que conoces a los hombres. —Se pasó la lengua por los labios—. No creo que el impulsivo Harry se resista a una historia bien contada.

Ella le escuchaba perpleja.

—No te entiendo.

—No hay nada que entender. Muchas gracias por tus amabilidades, encanto…

—¡Eh, eh, eh! —exclamó Doris. Se aproximó al detective y le asió del brazo con ambas manos—. Espera, ven acá. ¿Eso es una despedida?

—Naturalmente.

—¡Oh, no!

—Querida, por una sola vez ha sido delicioso. —Ernie la apartó con suavidad de sí, ignorando deliberadamente la expresión de su rostro, el brillo apasionado de sus pupilas, la tentación de sus labios entreabiertos—. Dos vasos romperían el hechizo. De las bebidas fuertes no conviene abusar.

Ella suspiró.

—Eres un tipo raro.

—Te he prevenido de que al final habría sorpresas. —Ernie bajó los peldaños del porche—. Hazte a la idea de que ésta es una.

Demoró su mirada en la soberbia figura de la mujer, en la belleza tropical de su cara, en sus expresivos ojos, en la turbadora femineidad de sus líneas. Su imagen, en pie allí, con la ligera blusa roja y los pequeños pantalones blancos, no era de las que se borraban fácilmente.

—¿Una sola? ¿Una sola sorpresa, y de esta clase? —preguntó ella. Si estaba furiosa conseguía dominarlo—. Ernie, voy a pensar que me he equivocado contigo.

—Habrá más.

—¿Cuándo?

—Cuando haya reflexionado. Adiós, Doris.

La mujer no dijo nada.

Detrás de ella se movió el aviador trabajosamente, con un tintineo de vidrios rotos.

Ernie sonrió. Dio media vuelta y se alejó a través del jardín, bajo las tupidas acacias, sin mirar atrás.

Salió a la calle y montó en su coche. Un «Studebaker» de color gris metálico, sin duda el del teniente Griggs, se hallaba estacionado en la misma acera. Tuvo todavía una fugaz visión de «*Miss* Bikini» inmóvil en el porche, mirando en su dirección, y luego partió con una vaga sensación de desconcierto.

¿Por qué?

Ideas. Demasiadas ideas.

Demasiados amigos.

Estaba todavía ascendiendo por Springflower Close con rumbo a Independence cuando le llamó la atención el hecho de que, pese a la extrema lentitud de su marcha, otro automóvil le siguiera manteniendo invariable la distancia de separación. Pensó con sorpresa en el piloto. Luego observó que el coche no era gris, sino azul, y un «Buick» en lugar de un «Studebaker».

No. El rubio Griggs no andaba tras él en busca de revancha.

¿Entonces?

Dio gas, y la velocidad del otro coche aumentó proporcionalmente.

Bien. Increíble.

Dobló la esquina de Independence, donde el tránsito era intenso.

Dobló al azar dos esquinas más.

El «Buick» azul continuaba allí, y a la misma distancia.

Una sonrisa de divertido asombro se dibujó en los labios de Ernie. Era aquello lo que menos había esperado: alguien le seguía, vigilaba sus movimientos, se interesaba por él. ¿A causa de Doris Jones? ¡Fantástico! No, una historia de celos no. Imposible tratándose de una mujer como ella, a no ser que al volante del «Buick» se encontrase un chiflado.

Pero algo tenía que haber provocado semejante reacción. Algo que él había hecho, o quizá dicho, en algún momento y en algún lugar.

¿Qué?

No podía saberlo.

Lo importante, lo verdaderamente importante, era que la

reacción se había producido. Esto significaba que no estaba persiguiendo fantasmas; la primera, la única evidencia de que en el desorbitado problema que Sonia Hunch le planteara la noche anterior había al fin y al cabo un fondo consistente.

¡Hasta hacía tan sólo unos minutos había estado resistiéndose a creer tal cosa!

CAPÍTULO XIV

Tres virajes más pusieron a Ernie en la dirección de Broadway y el centro de la ciudad. Su mente elaboraba un plan mientras seguía avanzando con calculada lentitud.

Antes de alcanzar el centro abandonó Broadway y tomó por las calles laterales hasta desembocar en Seaview Avenue, que conducía a la playa. Su plan estaba ya trazado por entonces, y el retrovisor reflejaba insistentemente la imagen del «Buick». No le preocupó en absoluto la posibilidad de que esta imagen pudiera desaparecer cuando aumentó la velocidad para descender por la avenida.

La playa.

Los hoteles. Un poco aislado de los demás, moderno y lujoso, el *Santa Bárbara Oasis*.

Ernie entró en los jardines y dejó el coche en el amplio aparcamiento contiguo a la puerta principal del edificio. Dio tiempo a que el «Buick» llegase. Lo vio aparecer, contornear la plazoleta, detenerse en el lado contrario. Entonces se apeó y echó a andar con fingido descuido.

En el vestíbulo del hotel había escaso movimiento.

La sonrisa profesional del empleado de recepción le dio la bienvenida.

—Deseo una habitación del lado del mar, baño, un piso alto a ser posible. Mi equipaje llegará esta noche, de modo que pagaré ahora un día anticipado. Calculo estar aquí cosa de una semana.

—Señor, el pago no es realmente necesario. —La sonrisa permanecía estática como en el anuncio de un dentífrico—. Si usted prefiere que…

—Mejor así.

—A su conveniencia, señor. La creo que le agradará.

Ernie firmó el registro y contuvo con un ademán al empleado cuando llamaba a un botones.

—Luego subiré a verla. Mi garganta reclama ahora una visita al bar.

—A la derecha, señor. Siempre a sus órdenes.

En el flanco indicado del vestíbulo, una amplia puerta conducía al bar y a la pérgola de éste. El detective se dirigió hacia allí.

En el momento preciso en que, al amparo de una de las columnas de la pérgola, examinaba los jardines, la explanada y el aparcamiento, un hombre se apeaba del «Buick». Era corpulento, no muy alto; llevaba un traje de color gris claro y una camisa amarilla sin corbata.

Le siguió con la mirada en su camino hacia el hotel. Cambió de observatorio cuando el hombre entró, y desde la nueva posición le vio aparecer en el vestíbulo, atravesar éste resueltamente hacia la oficina de recepción e interpelar al empleado con sonriente vivacidad. Era un hombre de edad mediana, fuerte, moreno, con escaso cabello y pobladas cejas; un tipo como muchos. Su actitud expresaba perfecto aplomo.

El empleado asentía con amables cabezazos. Señaló la puerta del bar. El hombre miró hacia allí.

Aunque no podía oír lo que hablaban, Ernie supo que el desconocido acababa de ser informado del número de su habitación y del lugar donde se encontraba en aquel momento.

Muy bien.

Retrocedió hacia la pérgola, en el extremo de la cual tres amplios peldaños salvaban la diferencia de nivel con el jardín. Estaba junto a la puerta principal del hotel cuando el hombre salió por ésta, de espaldas a él, sin verle.

Con rápido movimiento sacó Ernie la pistola que llevaba en una funda axilar y la trasladó al bolsillo exterior de su chaqueta. En dos zancadas se situó inmediatamente detrás del desconocido, y antes de que éste presintiera su proximidad y se volviese le aplicó el duro bulto del arma en los riñones.

El hombre dio un respingo y se detuvo en seco.

—No levante los brazos ni haga gestos espectaculares —ordenó ásperamente el detective—. Esto es una pistola. Aparte las manos del cuerpo y camine hacía mi coche. Ahí, en el apareamiento, a la izquierda. —Notó la violenta tensión a que el otro sometía sus músculos—. Relájese. ¿No me oye? Estoy muy a buenas con la

policía: son indulgentes conmigo cada vez que le pego a un tío un balazo; y no lo digo por fanfarronear.

El desconocido terminó por ceder. Exhaló el aliento, inclinó la cabeza y echó a andar hacia el aparcamiento inmediato.

El «Chevrolet». Junto a éste se hallaba un *station-wagon* cubierto de polvo, con placa de Oklahoma.

—Deténgase. —Aunque no había nadie por los alrededores, a Ernie le tenía sin cuidado que sus maniobras fueran o no observadas —. Tranquilo, amigo.

Desde atrás cacheó al hombre, listo para entrar en acción al primer conato de resistencia. Pero el desconocido intuía el peligro. No se movió. Dejó pasivamente que el detective extrajera el revólver que llevaba en el bolsillo trasero de sus pantalones grises.

Ernie abrió la portezuela delantera del coche.

—Suba.

Blandió su propia pistola, y en el momento en que el hombre obedecía le golpeó en la cabeza con el cañón. Empujó su cuerpo hacia el asiento, le recogió las piernas, cerró la portezuela nuevamente. Rodeó el vehículo para entrar por el otro lado. Se sentó ante el volante. Enderezó al hombre, que estaba casi caído en el suelo, y le dejó apoyado en el respaldo como si durmiera.

Puso en marcha el «Chevrolet» y salió del aparcamiento. Abandonó el jardín del hotel. Tomó por el paseo marítimo en dirección sur, siguiendo la curva de la bahía y alejándose de la ciudad.

Se detuvo a cierta distancia. Dos mujeres jóvenes paseaban por la acera gozando del sol de la tarde y de la brisa marina. Conversaban mientras empujaban sendos coches-cuna donde se ventilaban sus rorros: maridos, cocina, enfermedades y gracias infantiles. Sus esbeltas siluetas destacaban contra el fondo azul del océano.

En la calzada era escaso el tránsito de vehículos.

Ernie encendió un cigarrillo con parsimonia. Luego registró los bolsillos de la chaqueta del desconocido y examinó los papeles que encontró en su interior.

Apenas le dijeron nada. Un nombre: Wilbur J. Rollo. Unas señas de Lower Jectill Street, en Los Ángeles. Una factura de catorce dólares por reparación de un frigorífico. Un permiso de conducción:

cuarenta y dos años, empleado. Un billetero con trescientos quince dólares.

Rollo, el empleado de cuarenta y dos años, carecía de licencia de armas, o por lo menos no la llevaba consigo. Su revólver era un 32 de cañón corto, muy plano; un «Gunther» de modelo poco corriente y no demasiado eficaz, pero adecuado por su escaso bulto.

Ernie devolvió los papeles a su lugar, suspiró y reemprendió la marcha. Preveía que lo que iba a seguir sería espinoso. Todo dependía de la testarudez y resistencia de su prisionero. No podría operar en buenas condiciones, falto de un refugio contra miradas indiscretas e intervenciones inoportunas; se vería precisado a elegir un paraje solitario, lo bastante apartado para que si había gritos nadie los oyese, y a trabajar en pleno día. Pero si la testarudez y resistencia de Wilbur J. Rollo no rebasaban los límites normales cabía esperar que todo terminaría bien.

La reacción se había producido, y aquel hombre, siguiéndole por todas partes a bordo de su «Buick» azul, era el primer síntoma de ella. Algo no le había gustado a Rollo; y si no a él, a la persona que le enviaba. Ernie sabía lo que debía hacer: tirarle de la lengua hasta sacar la historia a luz. Conocía cinco métodos distintos para conseguir que los recalcitrantes cantasen, más ruidosos uno que otros, pero útiles los cinco. Lo único que requerían era tiempo y paciencia.

Pensaba en ello.

Pensaba demasiado en ello.

Estaba llegando al final del paseo marítimo, donde se alzaba el edificio del «Yacht Club» y había una plaza de la cual partía una carretera en dirección a las colinas boscosas de Wynnefield, en cuyo escenario proyectaba ejecutar sus planes. Pero antes de que llegara ocurrió lo imprevisto.

No advirtió, absorto en sus pensamientos, que Rollo se recobraba de su desmayo. El hombre permaneció inmóvil, entornados los párpados, acumulando fuerzas para actuar en el momento oportuno. Este momento se produjo a doscientos metros de la plaza terminal y del «Yacht Club».

CAPÍTULO XV

Ernie miraba al frente. Conducía a moderada velocidad.

De pronto, Rollo se movió. No era torpe. Lo que hizo lo había calculado durante los minutos anteriores. Con la mano derecha agarró el tirador de la portezuela, y en el mismo instante dio con el pie izquierdo un rápido pisotón al pedal del freno. El coche semejó chocar contra un obstáculo invisible. Ernie atinó a apretar instintivamente el embrague para que no se calase el motor, pero el brusco parón le alzó del asiento, le proyectó hacia adelante; el volante le golpeó el pecho, dio un cabezazo contra el parabrisas. Cuando se recobró del percance, cuestión de segundos, vio que Sollo había abierto la portezuela y corría a través de la amplia acera del paseo.

Se apeó. La intención del hombre era clara: saltar el pretil, bajar a la playa y proseguir la fuga por ésta en dirección al «Yacht Club». Llegaba al pretil en el instante en que Ernie salió del coche.

Saltó sin detenerse.

Saltó mal.

Ernie supuso que el golpe habría mermado sus facultades. Notó en seguida que Rollo había saltado demasiado pronto y que su salto era corto para salvar el pretil. Efectivamente, uno de los pies del hombre rozó la piedra; esto le hizo perder la estabilidad y caer hacia adelante agitando piernas y brazos. Luego el pretil le ocultó.

Al otro lado estaba la playa, había arena. No podía uno causarse daño, a no ser que cayera en muy mala posición.

Ernie corrió sin mirar.

Su rostro se contrajo en una mueca de repugnancia.

El muro del paseo tenía sobre la arena aproximadamente cuatro metros de altura. A cuarenta o cincuenta centímetros de su base existía un ancho reborde de cemento. Rollo, frenado en su salto por el roce con el pretil, había caído en el cemento sin alcanzar la arena

blanda de la playa. De cabeza. Su recio cuerpo era un pelele descoyuntado; su cráneo una máscara partida de la que manaban chorros de sangre.

Ernie pronunció una maldición. Miró en torno sintiéndose hervir de cólera. Ni en el paseo ni en la playa había nadie lo bastante próximo como para haberse percatado de lo ocurrido. Del lado de la ciudad, tres pescadores tenían plantadas sus cañas al borde del agua, pero se encontraban muy lejos y no miraban hacia allí. Del lado contrario se hallaba el club, a más de doscientos metros, y aunque se veía gente en el edificio y sus inmediaciones nada indicaba que alguien hubiese presenciado el trágico salto de Rollo.

Éste estaba muerto, absoluta y positivamente muerto.

¡Cinco métodos para hacer cantar a los recalcitrantes! Ernie sintió la tentación de desahogar su cólera con una carcajada. Cinco métodos útiles. Muy bien: cosas que le pasaban a uno.

Se apartó del pretil y regresó al coche. El motor continuaba en marcha. Se sentó ante el volante. Un descapotable le adelantó, conducido por un muchacho que ceñía con el brazo los hombros de una rubita, y la radio del vehículo dejó por un momento flotando en el aire los gorgoritos de Paul Anka. Para Ernie sonaron como la música de un funeral.

No se apresuró en volver, Siguió adelante, recorrió el resto del paseo, rodeó la plaza terminal, y sólo entonces tomó de nuevo aquél en dirección contraria. Ya ni siquiera pudo reconocer el punto exacto en que Wilbur J. Rollo había saltado al encuentro de la muerte.

Consideró durante el trayecto muchas, muchísimas cosas. Atentamente. Una por una. Analizándolas, desmenuzándolas, sometiéndolas al más crudo examen.

Muchas cosas.

Entró en el jardín del *Santa Bárbara Oasis* y detuvo el coche detrás del «Buick» azul. Rollo no había cerrado con llave la portezuela, no se había molestado siquiera en retirar aquélla del contacto.

Ernie registró con calma el vehículo.

Había una botella de rye en el compartimiento de los guantes. Un mapa de carreteras de California. Un periódico de tres semanas atrás. La arrugada factura de un taller de engrase. Un paquete de

tabaco. Un encendedor de concha con las iniciales
F y K
incrustadas en oro. Un estuche de cerillas con el anuncio de un club nocturno de la población mexicana de La Ensenada.

En el angosto espacio entre el asiento y el respaldo se habían deslizado, además, un cigarrillo, que estaba aplastado, y una barra de rojo para labios contenida en un estuche de plata labrada.

Abrió el estuche.

Se tiznó con la barra el dorso de la mano. Utilizó el pañuelo para restañar el exceso de rojo de la tiznadura, y luego, con otro extremo del mismo, frotó suavemente aquélla. Esta vez no quedó en el pañuelo más que una levísima señal.

Rojo indeleble.

Ernie sonrió.

El «Buick» pertenecía a alguien llamado Frederick S. Krauss, residente en Winkle Bulevar, Gravelly Hill, Los Ángeles.
F y K
eran las iniciales incrustadas en el encendedor de concha.
F y K,
no
W y R.
Frederick S. Krauss, no Wilbur J. Rollo.

Dos hombres. Dos personas del sexo masculino para quienes una barra de rojo de labios carecía de utilidad.

El detective cerró el estuche de plata, lo guardó en su bolsillo y se apeó del coche. Fue a su «Chevrolet» y lo condujo al aparcamiento del hotel. Ascendió lentamente los amplios peldaños de la pérgola. Pasó al bar y pidió un *scotch* doble, con hielo y basta.

En el bar había un teléfono.

—La guía, por favor.

Buscó el número del *Santa Bárbara Chronicle*. Lo marcó.

—Centralilla del *Chronicle* —anunció una voz femenina—. ¿Dígame?

—Deseo hablar con Vic Fuller.

—Un momento, señor.

Durante la pausa llegó el *scotch* doble. Ernie bebió el primer sorbo.

—¿Quién? —preguntó la voz del periodista.

—Ernie Fisher. —Se oía el tecleo de una máquina de escribir—. El amigo de Alan Sterling.

—¡Oh, sí! ¿Fulminado ya por los encantos de nuestra «*Miss* Bikini»?

—Indemne todavía. Fuller, lamento importunarle de nuevo, pero hay un punto que me gustaría aclarar, para lo cual necesito la ayuda de alguien que conozca esta ciudad mejor que yo. Quiero encontrar al jardinero de Doria Jones.

La melancólica risa de Fuller dominó el lejano tecleo.

—¡Así me maten! ¿Cómo se le ocurren a usted esas cosas?

—Es largo de explicar. Se trata de un hombre llamado Williams que acude a casa de la Jones todos los viernes…

—¿Habla usted en serio?

—Sí.

El periodista reía aún.

—Amigo mío, hay seis jardineros profesionales en Santa Bárbara, y se da la casualidad de que los conozco a los seis. Ninguno de ellos se llama Williams.

Ernie bebió el segundo sorbo.

—No veo motivo para reírse.

—¿De dónde saca usted las ideas? Mire, Fisher, entérese: Doris jones es famosa en toda la ciudad por sus escándalos, y éstos se originan en parte por el ligero atuendo con que suele trabajar en su jardín. Desde mediada la primavera hasta otoño puede usted leer en el *Chronicle* con cierta regularidad cartas de los lectores sobre este candente tema. Un paseo por Springflower Close figura siempre en el programa diario de los admiradores de la belleza femenina; y casi nunca defrauda, porque Doris siente por la jardinería verdadera pasión.

—¿Está usted diciéndome, no sólo que en Santa Bárbara no hay un jardinero llamado Williams, sino que Doris Jones no utiliza nunca los servicios de un jardinero profesional, se llame como se llame?

—Eso es exactamente lo que le digo.

Ernie apuró de un trago el resto del *whisky*.

—Gracias. Desde mañana, ¿sabe usted?, puede contarme entre los subscriptores del *Chronicle*.

CAPÍTULO XVI

El edificio-colmena, la vulgaridad funcional de Silverman Paradise donde Ernie tenía su apartamento brillaba con todas sus luces. El detective lo miró y suspiró.

Metió lentamente el «Chevrolet» en el aparcamiento, y antes de apearse del coche, cortado el encendido, se restregó los ojos y se oprimió las sienes con las manos. La noche le había sorprendido durante el viaje de regreso desde Santa Bárbara. Con la noche, el cansancio. Sentía la apremiante necesidad de tomar una ducha, de afeitarse, de mudarse de ropa, de beber algo fresco, seco y fuerte. Un alto en el camino nada más. Había salido la madrugada anterior de aquel feo y brillante edificio, sin pegar ojo, y sólo ahora, cuando debía haber terminado, parecía que la tarea empezaba.

¡Cielos! Uno no conseguía la licencia de detective privado para guardarla en la cómoda y echarse a dormir.

Cerró el coche dando un portazo, y echó la llave.

Alguien susurró:

—Fisher.

Una sombra se había movido.

La parte posterior del aparcamiento se hallaba sumida en la oscuridad. En el espacio de pocos metros se pasaba de la luz y el ruido de la calle al silencio y las tinieblas.

Ernie sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca.

Algo iba a ocurrir. Algo ocurría ya.

—¿Quién es? —preguntó a media voz.

—Jerry. Ten cuidado, Fisher. Andan detrás de mí.

Era Jerry Latham.

—Estás borracho, ¿no? Vamos, sal de ahí y deja de jugar al escondite.

—¡No, no, te lo juro, andan detrás de mí! ¡No te muevas! ¡Hay por lo menos uno esperando entre los coches!

El tono de Jerry era patético.

Ernie miró en torno.

—Aquí no hay nadie.

—¡Que sí! Es por lo de Pasadena, por el *hold-up*, por lo que tú querías… Ahora ya sé…

El detective echó a andar resueltamente hacia el punto donde, temblorosa y dramática, sonaba la voz del alcohólico. La voz de un desdichado a quien traicionaban la mente y los nervios.

Había dado tres pasos cuando sonó el tiro. La bala zumbó como un insecto hambriento junto a su oreja.

Ernie se agachó, asombrado.

Oyó a Jerry proferir un grito de terror. Le oyó correr y tropezar.

Otro tiro.

Un gemido ronco. Un roce. El sordo choque de un cuerpo contra el suelo.

—¡Jerry! ¡Eh, Jerry!

Sin respuesta.

¡Imposible! ¡Era imposible!

Ernie sacó la pistola pugnando por contener la riada de ira salvaje que le anegaba el cerebro. Permaneció inmóvil, escuchando sin respirar. Su corazón comenzó a latir con furia cuando llegaron a sus oídos los pasos de un hombre que se alejaba hacia la parte anterior del aparcamiento.

Se puso en pie de un salto y le vio retroceder agazapado por la zona iluminada. Disparó en su dirección; demasiado tarde, cuando ya uno de los automóviles le protegía. El proyectil se incrustó en la plancha de la carrocería con un extraño sonido metálico.

El detective se precipitó hacia allí. Alcanzó todavía a distinguir al hombre por segunda vez, en el instante en que salía del aparcamiento, y su actitud temerosa le hizo comprender que ya nada tenía que temer de él. El disparo de respuesta a los suyos habíale convertido en un ratón; no pensaba sino en huir, perderse entre la gente, hallar cobijo. Era de los que sólo son valientes ante infelices borrachos desarmados.

Sonaba el silbato de un policía.

Cuando Ernie ganó la calle el fugitivo galopaba en dirección contraria al edificio de apartamentos. Algunos transeúntes se habían detenido en la acera, perplejos, asustados por los disparos, sin saber

qué hacer. Una mujer chilló.

El detective emprendió la carrera. Odiaba aquello, detestaba la absurda y ridícula persecución de tendero de barrio en pos del ladronzuelo que le ha hurtado media docena de pepinos. La mujer volvió a chillar. Inmediatamente después dobló el hombre una esquina y desapareció.

¡Otro disparo!

Al llegar a la esquina descubrió Ernie un coche patrullero detenido en el lado contrario de la calle transversal, con una portezuela abierta. Un agente estaba arrodillado en la calzada, retorciéndose de dolor. Su compañero saltaba del coche con una metralleta en la mano.



El rubio salió volteado.

El hombre se alejaba por la acera, pero evidentemente se había demorado, había perdido algún tiempo, porque la distancia a que se encontraba era menor. Ernie disparó contra él, a poca altura. Tres veces en rápida sucesión. Vio que el fugitivo se desplomaba, y él mismo se arrojó de bruces al suelo, sin esperar más. Sabía lo que

era un guardia con una metralleta en la mano cuando algún compañero había sido herido: un energúmeno ciego, sordo y loco de furor que inundaba el mundo de plomo antes de pararse a reflexionar.

—¡No tire! —gritó—. ¡Hay que cazarle vivo! ¡Vivo! ¡Yo le he tocado ya! ¡No tire, agente!

El guardia acababa de parapetarse detrás del capó del coche. Hubo un momento de terrible tensión, unos segundos durante cada uno de los cuales creyó Ernie que empezaría a rugir la metralleta.

El otro agente, el herido, dijo de súbito con voz ronca:

—Haz lo que te dicen, Jimmy.

—¿Quién es usted? —preguntó hoscamente el de la metralleta.

—Ernie Fisher, detective privado.

—Le conozco —declaró el herido—. Vive en Silverman Paradise. —Y repitió con desesperación—: ¡Haz lo que te dicen, Jimmy! ¡Maldito seas, no pensarás tenerme así hasta el Día del juicio!

El policía se enderezó, abandonó su parapeto y acudió junio a él. Ernie levantóse a su vez y se sacudió las ropas. Con la pistola a punto avanzó a lo largo de la acera para aproximarse al hombre contra el cual había disparado.

Yacía en el círculo de luz de una farola del alumbrado público, tendido de costado. Al detective le pareció que su cuerpo se estremecía convulsivamente; en seguida comprobó, empero, que lo que hacía en realidad era arrastrarse, raptar, tratando de alcanzar su pistola, la cual había perdido en la caída y se encontraba a cierta distancia. Supuso que sus tres rápidos disparos le habían roto las dos piernas.

Se anticipó a recoger el arma y miró al hombre de arriba a abajo. Leyó el sufrimiento y el odio en sus ojos. Le oyó murmurar:

—Cochino hijo de perra…

Era un desconocido. Flaco, probablemente alto cuando estaba en pie, cabello rojizo, cara larga y huesuda. Vestía un traje negro o gris muy oscuro, camisa igualmente negra y corbata de color amarillo chillón.

El guardia acudió. Traía unas esposas.

—¿Qué ha pasado? ¿De dónde venían ustedes?

—Este individuo estaba persiguiendo a otro hombre en el aparcamiento de Silverman Paradise, cuando he dejado mi coche —

explicó Ernie brevemente—. Ha disparado contra él e imaginado que le ha herido o matado; no lo sé, porque he salido corriendo en su persecución.

—Sí, ha aparecido en la esquina con la pistola en la mano —gruñó el policía. Se agachó y colocó al herido las esposas sin apenas molestarse en mirarle a la cara—. Ted ha saltado del coche para darle el alto, y el tío le ha pegado un tiro en el muslo. ¿Quién es?

Gran número de curiosos se habían congregado en la esquina, así como en el lado opuesto de la calle, pero no se acercaban.

—No sé quién es —dijo el detective. Miró hacia el patrullero y vio a Ted, el guardia herido, sentado ya en el interior—. Sospecho, sin embargo, que este asunto interesará al teniente Amila, del Departamento Central. Convendría que diera usted aviso inmediatamente.

—Lo haré. ¿Vive usted en Silverman Paradise?

—Sí.

—Quédese a mano. Podemos necesitarle.

—No se preocupe. El teniente es amigo mío: dígale que trasmite usted el aviso de parte de Ernie Fisher. El compañero de usted me conoce.

—Sí, ya sé —masculló el guardia—. Gracias por todo. ¿Dónde está el petardo que llevaba este pájaro?

Ernie le entregó la pistola. Contempló cómo el policía, indiferente, asía al herido por las esposas y le arrastraba a través de la calzada en dirección al patrullero. Antes de que éste se pusiera en marcha dio media vuelta y se alejó calle abajo a paso vivo.

Un torbellino de excitadas preguntas le acogió en la esquina. No contestó. Apartó a la gente y se apresuró en dirección a Silverman Paradise.

Otro grupo menor se hallaba congregado ante el aparcamiento, con dos agentes de policía, y se veía a muchas personas en las ventanas del edificio-colmena. Ambos agentes prestaban habitualmente servicio en el barrio: Ernie los conocía a los dos.

—Así que era usted —dijo uno—. He visto desde la esquina cómo le echaban mano al pájaro…

—Saque su linterna —replicó el detective—. Tiene que haber un hombre herido o muerto al otro lado de los coches.

—¿Eran dos?

—Era uno solo. —Ernie se deslizó entre los vehículos aparcados —. Ese tipo perseguía a otro cuando yo he llegado, y estoy seguro de que le pegó un tiro. Alumbre aquí.

Los dos guardias habían encendido sus linternas.

—Pues yo creí que los tiros habían sido entre usted y él.

—No. —El detective rebasaba la posición de su propio coche—. Aquí, por favor. He oído al hombre moverse por este lado.

El lugar estaba desierto. Los haces luminosos disolvieron las sombras sin encontrar nada.

Algunos curiosos se sumaron a la búsqueda.

Nadie.

Nadie tampoco oculto debajo de los automóviles, ni en su interior.

—¡Eh, vean!

Parecía sobre el piso de cemento una mancha de grasa, una más entre las que habían rezumado o goteado de algunos coches. Ernie se agachó y la tocó.

Era sangre fresca: el único rastro dejado por Jerry Latham cuando la bala del pelirrojo le hirió. Jerry, sin embargo, había desaparecido.

CAPÍTULO XVII

—No sería cosa seria cuando ha podido marcharse —dijo uno de los guardias—. Y sin darle a usted las gracias, señor Fisher…

Ernie no contestó. Pensaba: *Andan detrás de mí.* Jerry había utilizado el plural, y acaso el hombre a quien él persiguiera no estuvo solo. Era posible que un cómplice hubiese terminado el trabajo.

Demasiado posible.

—Bien, esto zanja la cuestión —comentó haciendo un esfuerzo —. Le deseo al pobre tipo la mejor suerte… Ya sabe usted, agente, dónde encontrarme si me necesita.

¡El único rastro!

Cabizbajo, con las manos en los bolsillos, Ernie abandonó el aparcamiento. Entró en el edificio. Tomó el ascensor.

Piso catorce.

Había en el pavimento de la cabina una mancha parda del tamaño y la forma de una moneda.

La tocó con la punta del zapato. Se extendió. Estaba húmeda.

El detective salió al pasillo de su piso y anduvo hasta la puerta de su apartamento. No se veía a nadie.

—¡Jerry! —llamó sin alzar la voz.

El hombre asomó por el siguiente recodo, sucias y desordenadas las ropas, el rostro blanco como el papel, un brazo colgando inerte, la mano roja de sangre. Difícilmente se tenía en pie.

—Por fin, Ernie… Temí… que no vinieras nunca…

—Estás loco. —Ernie abrió la puerta, acudió a sostener al herido y le introdujo en el apartamento—. Te hubieran atendido abajo; a no ser que te hayas propuesto reventar de una vez.

—¿Por qué no? Escucha, necesito contarte…

—Siéntate y cierra el pico un momento. Luego me contarás.

Jerry se dejó conducir a una butaca. Permaneció, inmóvil,

abatido, miserable y triste como un pájaro enfermo, mientras el detective iba en busca de una botella de *whisky* y escanciaba en un vaso una generosa ración. Luego tomó el vaso con su mano sana. Bebió cerrando los ojos.

—Es como si a uno le entrara la vida en el cuerpo —murmuró—. Lo creas o no, no había probado una gota desde que me dejaste esta mañana.

—Lo creo —asintió Ernie.

Le quitó el vaso. Con la mayor delicadeza, cuidando de no forzar el brazo lastimado, le despojó de la chaqueta y la camisa y descubrió su blanco y escuálido torso. La bala habíale destrozado la articulación del hombro, con orificio de entrada por la espalda y de salida por el pecho. De la herida manaba sangre en abundancia: no había hecho una mueca, un visaje; de sus labios no había escapado un gemido.

—Llamaré a un médico.

—Llama a quien quieras, pero escúchame antes.

Dame otro trago. ¿Qué ha sido del tipo del aparcamiento?

Ernie llenó de nuevo el vaso y se lo tendió.

—En manos de la policía. Con las dos piernas rotas.

—Le llaman Big Red

O’Toole.

—Jerry bebió con avidez—. El, un sujeto llamado Joe Gerardi, que está muerto, otro llamado Tony Bibrizzi, que se marchó a Italia, y otro llamado Sigmund Ryan, que vive en Nueva York, planearon y ejecutaron el golpe contra la *Rosen Company* en Pasadena. Los cuatro figuraban en mi lista de posibles culpables, y en la de cualquiera que les conociese, pero lo que les ha protegido durante tanto tiempo ha sido el hecho de que nunca antes hubieran operado juntos ni hayan vuelto a hacerlo después. Nadie les relacionaba a unos con otros. Se asociaron expresamente para el atraco, repartieron el bolín y cada uno marchó por su lado. Jamás han vuelto a Los Ángeles, excepto Big Red, que regresó hace seis meses.

El detective le contemplaba con el entrecejo fruncido.

—¿Cómo has averiguado eso?

—En parte por él mismo, en parte por una mujer. No te diré su nombre, Fisher. Lo que ella me ha contado a mí, no se lo contaría a nadie más, ni aunque la despellejaran.

—¿Qué hay de Eddie Crozer?

—Descartado por lo que respecta a
O'Toole.
Ni siquiera le conocía.

—Sí, así debe de ser —asintió Ernie—. Tú tenías razón. La policía buscaba a Crozer por un motivo que se ha mantenido secreto desde entonces y que compartían muy pocas personas. Una de estas personas era, al parecer, el capitán Chambers. Por lo que respecta al Departamento Central, el único hombre que estuvo al corriente de lo que en realidad sucedía fue el capitán Roberts muerto el año pasado. Roberts inventó la historia de que Eddie Crozer era buscado por el atraco de Pasadena.

—¿Roberts? —preguntó Jerry con una chispa de interés—. ¿Jimmy Roberts? ¿Un tipo que hablaba con voz aguda?

—Sí.

—Entiendo.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Luego te lo diré. —El hombrecillo vació el vaso por segunda vez y lo tendió a Ernie con ademán expresivo—. ¡Jesús, Fisher! No vayas a suponer que mi trabajo ha sido fácil… Seis hipótesis me han fallado antes de que me fijara en Big Red, y luego he ido demasiado lejos.
O'Toole
es desconfiado como un zorro. Me ha dejado hablar, me ha dado cuerda, ¿por qué no? Le he sonsacado parte de lo que quería, pero ha adivinado que yo sabía ya tanto o más. Ha pensado en… en la mujer, supongo que ha sido al comprobar que yo había hablado también con ella cuando ha comprendido que todo tenía una intención. Me ha vigilado. Sin yo notarlo, Fisher… De veras que he ido demasiado lejos. Big Red ha esperado para ver qué era lo que hacía yo, y lo que he hecho ha sido venir en tu busca, primero a tu oficina, donde no estabas, luego aquí donde tampoco estabas. Dos y dos son cuatro: yo andaba en pos de un detective privado después de haberme mostrado muy curioso en relación con el golpe de la *Rosen Company*. Total, que Big Red me esperaba fuera. Había anochecido. Yo le he visto a él antes que él a mí, pero me ha descubierto cuando trataba de escabullirme y me ha acorralado. He tenido que meterme en ese condenado aparcamiento, y Big Red

detrás. Un siglo hemos pasado allí, Fisher; yo no atreviéndome ni a respirar, él dispuesto a dejarme seco de un balazo a la primera indicación de dónde me escondía. Y luego ha ocurrido el milagro. Tu coche…

—Jerry —dijo quedamente el detective.

—¿Qué?

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? Durante más de dos años toda la policía de California ha fracasado en sus intentos de identificar a los atracadores de Pasadena; tú lo has conseguido en unas horas. ¿Dije o no dije que eras el hombre indicado para estas pesquisas?

Jerry sonreía con amargura.

—¿Cómo llaman a eso? ¿Psicoterapia? No, no es psicoterapia. Me refiero al procedimiento de convertir un montón de basura en un hombre haciéndole recobrar su capacidad de auto estimación. Gracias por tus buenas intenciones, Fisher. Ponme otro trago.

—Muy bien. Espera a que Amila, la gente del Departamento Central y los periodistas levanten la fiebre. Espera a ver.

—Creo que lo ha visto ya todo en el mundo.

Ernie sostuvo en el aire la botella de *whisky*.

—¿Ves esto ahora?

—Sí.

—*Bourbon* del mejor. Y fíjate. —El detective invirtió la botella y dejó que el contenido se vertiera gorgoteando. Antes de que estuviera vacía la estrelló contra la pared. Posó en el hombrecillo sus ojos centelleantes de indignación—. No beberás una gota más en mi casa, Jerry. Ni una gota. Cuando trato con hombres de verdad no les consiento debilidades de adolescente.

CAPÍTULO XVIII

Jerry se había quedado pasmado. Su mirada fue de la mancha que el *whisky* había dejado en el suelo a la que había dejado en la pared.

—Pero…

—¿Has comprendido?

—No.

—Descuida, irás comprendiendo. Te llevarán al hospital, Jerry. Una cama blanca. Una enfermera rubia, con el uniforme bien relleno en los lugares adecuados. Allí no hay quien le sirva a uno un vaso de *whisky* para jugar a la ruina humana. Te limpiarán los dientes, te afeitarán, te peinarán con agua de colonia para que sonrías como Alan Ladd cuando acudan los fotógrafos de prensa… ¿Quieres que te recuerde una cosa?

—Fisher —articuló el hombrecillo—, te has vuelto loco.

Ernie dijo fríamente:

—Lydda ha muerto.

El rostro de Jerry se contrajo.

—¡Fisher!

—Lydda era una perdida asquerosa que agarró en París un reventón de tripas y está muerta y enterrada al otro lado del océano. Si queda algo de ella, debe de apestar como para que devuelva uno la primera papilla.

Por un momento semejó que el herido iba a saltar de la butaca. Su cuerpo enclenque se puso tenso como una cuerda de violín. La cara se le volvió de color rojo como si la iluminara el fulgor de un incendio.

Luego la tensión se disolvió. El aliento se deslizó entre los labios de Jerry con un sonido sibilante.

Hubo una pausa, un tácito compás de espera.

Después de la pausa, el hombrecillo se echó a reír.

—Tú ganas, Fisher —dijo tranquilamente—. Los muertos apestan todos, ¿por qué iba Lydda a ser una excepción si ya apestaba cuando estaba viva? Será la primera vez que lo confieso, pero he pensado siempre que no la hubiera soportado ni una semana más si no me llegan a meter en chirona.

Ernie suspiró.

—No imagines que ahora va a ser todo más fácil. Hay que luchar.

—Pero no contra fantasmas.

—Bueno, siento lo que debe de sentir un dentista después de arrancar una muela sin anestesia. —El detective se dirigió hacia un compartimiento de la biblioteca que recubría una de las paredes, lo abrió y sacó una nueva botella de *whisky*—. ¿Qué tal un trago entre hombres?

Antes de que Jerry respondiese, sonó el teléfono.

—Nunca olvidaré esto, Fisher —dijo el hombrecillo con clara voz.

El teléfono sonaba.

—Todo se olvida un día u otro —replicó Ernie.

Fue a descolgar el aparato llevando en la mano la botella.

—¿Señor Fisher? ¿Ernie Fisher?

Una voz femenina.

Una presencia inmaterial.

—Yo mismo.

—Desesperaba de encontrarle. —En la voz vibraba una insólita nota de angustia—. ¿Dónde estaba usted? Durante horas he intentado localizarle en vano… ¿Puede venir? ¿Puede venir en seguida?

—Puedo si realmente es necesario.

—Creo que lo es. Algo ocurre, señor Fisher. Este mediodía se ha introducido alguien en la casa y lo ha revuelto y registrado todo; lo he encontrado así al llegar a primera hora de la tarde. Me he preguntado qué sería lo que el intruso buscaba, qué podía haber oculto aquí. He descubierto… Venga, por favor, señor Fisher. Quiero mostrárselo. Tengo miedo.

—También Jane Eure tenía miedo en la misteriosa mansión del señor Rochester.

—¡Señor Fisher!

—Iré, no se preocupe.

Ernie cortó la comunicación. Su mirada encontró los cansados ojos de Jerry.

—No te sabía vulnerable, Fisher —dijo éste con suavidad—. Naturalmente, era una mujer.

—Una cliente. No significa lo mismo.

—¿Quién?

—La sobrina del capitán Chambers. —El detective levantó de nuevo el teléfono y marcó el número con la cabeza baja—. Una como todas.

—Departamento Central de Policía —dijo una voz en el aparato.

—Con el teniente Amila.

Una conexión. Otra voz:

—¿Diga?

—Con el teniente Amila —repitió Ernie—; de parte de Fisher.

—El teniente ha salido en dirección a su casa, señor Fisher. Si está usted allí le verá dentro de un momento.

—Gracias.

Jerry había enmudecido.

El detective abandonó el teléfono, tomó dos vasos y se dirigió al frigorífico. Preparó dos *whiskies*-hielo con calmosa minuciosidad.

El silencio fue roto por el zumbador de la puerta.

Ernie estaba ante la butaca del hombrecillo, tendiéndole a éste uno de los vasos.

—Hay algo que he prometido decirte, Fisher —declaró Jerry—. Algo que no te he dicho aún.

—No es necesario.

El zumbador volvió a sonar.

—Te equivocas. Se refiere a ese guardia de que hablabas antes, el de la voz aguda; Roberts, el calvo…

Ernie sacudió la cabeza.

—Cuanto puedas decirme del capitán Roberts lo sé ya; gracias de todos modos. Bebe. Ese que llama es Johnny Amila.

Era el teniente, en efecto.

—No he entendido tu aviso —anunció apenas Ernie le hubo abierto la puerta—. Hola, buenas noches. He resuelto venir a aclarar personalmente esta disparatada historia de tiroteos en mitad de la calle. El hombre que me has enviado es Big Red

O'Toole.
¿Qué pasa con él?

—Latham te lo dirá.

—¿Quién?

Jerry, desnudo el blanco y huesudo torso sucio de sangre, paladeaba su *whisky*-hielo. Al adentrarse en el apartamento, Amila le descubrió. Sus ojos se posaron con asombro en la herida.

—Mucho tiempo sin verle, teniente…

—¿Eres de madera, Latham? —exclamó el policía—. ¿No sientes el dolor? ¿Quién te ha hecho eso?

—Adelante, Jerry —invitó el detective.

Y se apoyó en la pared para escuchar.

CAPÍTULO XIX

Cantaba un ruiseñor.

Sobre el fondo sonoro del tránsito en el inmediato Prentice Bulevar daban sus trinos una impresión de irrealidad, de truco mágico de ensueño. Cantaba en uno de los árboles del parque que se extendía más allá de las vecinas tapias.

Ernie se pasó por la boca el dorso de la mano.

Con sus dos plantas y su glacial y ultramoderna arquitectura, la casa que John Chambers compró al enriquecerse formaba esquina. Sus dos fachadas constituían la pared exterior, y había un jardín, invisible desde fuera, entre los brazos de la «L». Era una casa abierta hacia adentro, para vivir de espaldas a la calle; tal como Chambers, el verdadero Chambers, había vivido.

El detective oprimió el llamador.

Esperó.

Nadie.

Llamó por segunda vez.

La puerta se abrió bruscamente.

Una pistola. Una auténtica *Luger* de gran estilo, inmóvil a la altura de su estómago.

—Entre —dijo el hombre que la empuñaba.

Ernie le miró sin pestañear. Tenía quizá cincuenta años, canoso el cabello, pero joven y sonrosada la cara. Había hielo en sus pupilas grises. Vestía un elegante traje azul oscuro y el nudo de su corbata era impecable.

—Usted no puede ser más que una persona —articuló con calma el detective. Su mente, sus nervios, sus músculos, todo en él estaba alerta bajo la capa exterior de frialdad—. No puede ser sino Frederick S. Krauss, residente en Winkle Bulevar, Gravelly Hill.

—Si ha de servirle de consuelo le diré que ha acertado. Entre. —El hombre se apartó prudentemente cuando Ernie traspuso el

umbral—. Siga. Al fondo.

Era una buena casa, con muebles selectos. Muy buena casa para heredarla de un exoficial de policía.

Al fondo del vestíbulo se encontraba la sala de estar. Bonitas luces. Amplias puertas-ventana que conducían al jardín. Flores, libros, butacas.

En una de las butacas, sentada rígidamente, envarada la espalda, las manos en el regazo, aguardaba Sonia Hunch.

¿Aguardar qué?

Ernie se humedeció los labios con la lengua.

El fino cabello rubio, los graciosos hombros, el rostro aristocrático y sensual, las piernas admirables surgiendo de la corta falda. Pensó: *No te sabía vulnerable, Fisher*. Jerry Latham tenía razón. Uno se entusiasmaba con el cromo de calendario hasta el día en que topaba con un auténtico Piccaso, o con Cole Porter, hasta la noche en que se sentaba en el Hollywood Bowl para escuchar a Bach. La vida resultaba luego mucho más difícil.

El detective se detuvo. Sus ojos se apartaron de la muchacha para dirigirse a la puerta-ventana más próxima. De pie en el umbral, sonriente, un cigarrillo en el ángulo de la boca, realzada su volcánica belleza morena por un vestido rojo de amplia falda y generoso escote, se hallaba Doris Jones.

—Siga adelante —ordenó el hombre.

El detective no se movió.

—¡Siga!

La *Luger* le oprimió las vértebras dorsales.

¿Vulnerable?

Con la salvaje embriaguez de la lucha nublándole la mente, el detective se revolvió. Era una técnica: el giro, el codo, el puño. Apartó la pistola y cargó en el golpe todo su peso.

Pero al instante comprendió que había tasado en poco a su enemigo; un breve movimiento bastó a Krauss para esquivar el ataque. Técnica contra técnica. El golpe se perdió en el vacío.

Ernie leyó en los ojos grises su sentencia de muerte, adivinó el inminente trueno del arma. Saltó, se arrojó al suelo de cabeza. Tenía su propia pistola en la mano una fracción de segundo después.

La *Luger* disparó.

Nada.

No habría, empero, segunda oportunidad. El tiro había fallado por centímetros, sólo porque Ernie estaba todavía moviéndose. Altivo, sereno, elegante, el hombre rectificaba ya la puntería.

Ahora.

El detective apretó el gatillo y clavó una bala de su pistola entre los grises ojos.

—¡Quieta, Doris!

Estaba de nuevo en pie, encañonando a la mujer, antes de que Frederick Krauss se derrumbase. Semejó detenerse el tiempo. Luego el hombre se encogió, se hundió, rodó por tierra, y con él rodó su aparatosa e inútil *Luger*.

Ernie respiró profundamente.

—Deberías cobrar entrada por tus exhibiciones, querido. —La voz de «*Miss* Bikini» llegó a sus oídos con un ligero temblor—. Te felicito por tu buena forma. Todo un espectáculo.

El la ignoró. Preguntó a Sonia:

—¿Está usted bien?

La joven le miraba como hipnotizada.

—Señor Fisher, ¿qué significa esto? ¿Usted conoce a estas personas? Ése… ese hombre…

—Está muerto. —El eco de los disparos semejaba vibrar todavía en el aire—. Se llamaba Frederick Krauss. Si no había visto usted nunca matar a alguien, mejor será que se calme los nervios con un par de copas.

Sonia se estremeció.

—¿Desde cuándo estaba esta pareja aquí?

—Acababan de llegar cuando usted ha llamado.

—¿Qué querían?

—La carpeta de tío John.

Ernie rió en silencio. Volvió la espalda al cuerpo de Krauss, y manteniendo encañonada a Sonia se aproximó a la butaca de la muchacha.

—Así que existe una carpeta.

—La encontré… ¿Recuerda lo que le he dicho por teléfono? Alguien se introdujo aquí y lo registro todo. He tratado de averiguar lo que buscaba. Casi por casualidad he descubierto un compartimiento disimulado en la biblioteca, detrás de los libros.

Había en él una carpeta, y en la carpeta unas hojas de papel azul, veinte aproximadamente, mecanografiadas. —La mirada de Sonia se posó serenamente en el cadáver—. Señor Fisher, en cada una de esas hojas figuraba una fecha. La última corresponde al día en que mi tío recibió la carta de que le hablé. Era… era esa hoja. Era la llegada de esa hoja lo que temía.

—Dudo que la temiese —replicó el detective—. ¿Qué dice el texto?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—Sólo la fecha es legible. El resto no tiene sentido; probablemente porque está escrito en clave.

Ernie fijó la mirada en Doris. Ella se la sostuvo. Apoyada con languidez en el marco de la puerta-ventana, se quitó el cigarrillo de la boca y lo arrojó al jardín.

—Sería interesante descifrar esa clave, ¿verdad, muñeca? —dijo él—. En vista de lo feo que se ponía el asunto, seguro que Krauss y tú habíais decidido liquidar el negocio y emprender el vuelo. Mi visita a Santa Bárbara y la muerte de Rollo hicieron la cosa mucho más urgente. Pero no queríais marcharos sin saber hasta qué punto eran conocidas vuestras actividades, lo lejos que teníais que ir para sentiros en seguridad, cuál era el peligro que corríais. John Chambers debía de poseer un archivo, un fichero de órdenes, algo, lo que fuese, suficientemente revelador… ¿Qué pensabais hacer? ¿Persuadir a la señorita Hunch de que os lo entregase? ¿Engañarla? ¿Violentarla? Habéis sido demasiado prudentes, paloma.

—Ernie, no todo el mundo tiene tu talento.

—¿Pero qué es lo que ocurre? —exclamó Sonia—. ¿Quién es esta mujer? ¡Señor Fisher!

—Esta mujer es Doris Jones; ya sabe: la que iluminaba la vida del romántico tío John…

—¿Ella?

—Terminemos de una vez —dijo el detective—. La novela que usted imaginó, muñeca, ha resultado pasada de moda. No hubo la menor relación entre su tío y el atraco a la *Rosen Company*, de Pasadena, ni tampoco entre el atraco y Eddie Crozer. Éste era, al margen de sus operaciones de corredor de apuestas, un astuto chantajista que había encontrado el modo de aprovechar sus

extorsiones para obtener informaciones susceptibles de alcanzar alto valor en el mercado negro del espionaje. Aquí reside la clave de todo.

Al rostro de Sonia asomó la sorpresa.

—¿Quién le ha dicho a usted eso?

—Los propios hechos, querida. Algo debió de ocurrir, un escándalo grave, una tecla pulsada por Crozer que no dio la nota afinada, y el Servicio Secreto se precipitó contra el *bookmaker*. Unos pocos oficiales de policía, de absoluta confianza, fueron informados de la situación. Su tío John era uno de ellos, y el que más se distinguió: localizó al fugitivo Crozer, arriesgando su vida por detenerle, hubo intercambio de disparos, y Crozer cayó. El pretexto de su relación con el atraco de Pasadena lo inventó el capitán Roberts, del Departamento Central de Policía, agente del Servicio Secreto, para alejar la curiosidad pública de lo que realmente había ocurrido.

«Tras esto, su tío John fue invitado a abandonar la Policía del Estado y poner sus cualidades al servicio de un trabajo que requería hombres de su experiencia y temple. Se le recompensó e indemnizó cómo merecía, y tenía la suficiente inteligencia para invertir bien el dinero y sacarle rápido fruto: el secreto de su "enriquecimiento" no puede ser otro. Durante dos años realizó su tío una activa labor de contraespionaje. Luego, mes y medio atrás, en el curso de su famoso "viaje de negocios" al Este, recibió orden de ocuparse de un peligroso foco surgido en la vecindad del Campo Experimental de Tularee Bay, cerca de Santa Barbara. Su atención se fijó en Doris Jones, una escandalosa belleza local, a quien rodeaban demasiados amigos, muchos de ellos pilotos, técnicos y oficiales de la base. Trabó contacto con ella en el curso de una fiesta en Hollywood y fingió cierto interés sentimental en sus relaciones… Es inútil entrar en detalles. Este asunto preocupaba al capitán Chambers, las cosas no salían sin duda conforme a sus deseos. Al recibir instrucciones concretas, la misteriosa carta en clave, el capitán se lanzó a fondo. Su conducta alarmó a sus enemigos y éstos, pasaron a la contraofensiva. Tirotearon su coche. El trató de concertar con Doris una cita, y finalmente resolvió dirigirse a Santa Bárbara. La mujer acababa de regresar de Las Vegas; era el viernes al anochecer. John Chambers fue sorprendido por ella y Frederick Krauss, que era su

jefe o su cómplice, y por otro hombre llamarlo Wilbur Rollo, ayudante de Krauss. Había que deshacerse de él. Le redujeron y le llevaron en su coche a Collarito Range, donde le despeñaron. Buscaban la absoluta seguridad. Si la relación de Chambers con Doris Jones infundía sospechas, podría alegarse que ella no regresó de Nevada hasta el sábado, que el capitán, ignorante de la inminencia de su regreso, se dirigía a su encuentro y que en el trayecto sufrió el accidente…»

—¡Esta mujer! —exclamó Doris.

Ernie se encogió de hombros.

—¿De qué se sorprende? ¿Le parece acaso demasiado bella?

La muchacha lanzó a Doris Jones una mirada impregnada de odio, tempestuosa, llameante de pasión. Luego, alzándose impulsivamente de la butaca, avanzó hacia el detective.

—Señor Fisher, quisiera decirle…

—¡Cuidado! —gritó él.

Sonia había interceptado sin proponérselo la dirección en que apuntaba su pistola.

Fue un instante, pero bastó.

Con la agilidad de una pantera, recogió Doris Jones la amplia falda de su vestido rojo y empuñó la pequeña pistola que llevaba en una funda de plástico adosada a la pierna.

Ernie apartó a Sonia, la atrajo violentamente hacia sí. Por segunda vez apretó el gatillo.

Doris sufrió una extraña convulsión. La pistola cayó de su mano. Una sombra trágica oscureció su belleza.

El detective no la vio desplomarse. No quiso. Un huracán se desataba en su pecho.

De los muertos se olvida uno muy pronto.

Sus labios buscaron ciegamente los de Sonia, y una maravillosa sensación le invadió al notar que los de ella buscaban los suyos. Era la vida brotando impetuosa de la muerte.

Luego murmuró:

—Un hombre en mi situación, querida, no podía hacer otra cosa…

En medio del torbellino de su dicha, aquella frase le recordó algo. Pero no supo qué.

FIN

FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. - Hipólito Irigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª, núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 - LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B. - SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 49 CIUDAD TRUJILLO

ECUADOR: Agencia Selecciones - Aguirre, 717. GUAYAQUIL.

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA: Des Angles International, 408 East, 11St. - New York, 23 N. Y. (Para bolsilibros).

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 - GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 - MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones 29 Este, núm. 5-51 - PANANA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 133 - LA ASUNCION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450. LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Adolfo Domínguez - Río Negro, 1.264 - MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS



Yul Brynner

N.º 1199 Gracias a llevar casi siempre su cabeza rapada ha sido apodado "El Cráneo". Por su labor en "El rey y yo", obtuvo el "Oscar" de Hollywood. Sus últimos películas son: "Los diez Mandamientos" y "El ruido y la furia".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 6 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

NOTAS

[1] Corredor de apuestas, especialmente en las carreras de caballos.
<<

[2] El negocio de apuestas. <<